

20

INFORME ESPAÑA 2 0 1 3

una interpretación
de su realidad social



Fundación Encuentro

Equipo de dirección y edición

José María Martín Patino, Presidente • **Agustín Blanco**, Director General • **Antonio Chueca**, responsable del Departamento de Datos • **Giovanna Bombardieri**, Secretaria • **Teresa Herreros** • **Beatriz Manzanero**

Equipo de colaboradores:

Consideraciones Generales. **Xavier Martínez Celorrio**, Universidad de Barcelona y **José M^a Martín Patino** • *Parte Segunda.* **Ignacio Buqueras**, Comisión Nacional para la Racionalización de los Horarios Españoles. Participa: **Agustín Blanco**, Fundación Encuentro • *Capítulo I.* **María Isabel Martínez** y **Nuria Guilló**, Abay Analistas. Participan: **Elvira González Gago**, Fundación Tomillo, y **María Dolores Liceras** y **Elvira González Santamar-ta**, expertas en mercado laboral • *Capítulo II.* **Josune Aguinaga**, UNED, y **Domingo Comas**, Fundación Atenea. Participan: **Julio Camacho**, Instituto de la Juventud, y **Elena Rodríguez San Julián**, Sociológica Tres • *Capítulo III.* **Benjamín García Sanz**, Universidad Complutense. Participa: **Antonio Abellán**, CSIC • *Capítulo IV.* **Chaime Marcuello** y **Carmen Marcuello**, Universidad de Zaragoza. Participan: **Guillermo Fernández**, Cáritas Española, **Mónica Sánchez**, Plataforma del Voluntariado de España, y **Beatriz de Miguel**, Fundación ONCE • *Capítulo V.* **Manuel Valenzuela Rubio**, Universidad Autónoma de Madrid.

Y las siguientes Instituciones: Instituto Nacional de Estadística • Asociación para la Racionalización de los Horarios Españoles • Cáritas Española • Fundación ONCE • Plataforma del Voluntariado de España • Instituto de la Juventud

ÍNDICE

Capítulo II	
LOS JÓVENES HOY: APRENDER A TOMAR DECISIONES EN UN ENTORNO ENMARAÑADO	111
I. Tesis Interpretativas	113
1. La construcción social y política de la noción de “la mejor generación” de nuestra historia	113
2. El inesperado choque de la crisis de 2008 y la posterior recesión	116
3. Capacidades y dificultades para aprender a tomar decisiones en un contexto inédito	118
II. Red de los Fenómenos	122
1. ¿De cuántas personas jóvenes estamos hablando y cuántas habrá en el futuro?	122
2. Perfil educativo de la juventud	123
2.1 Evolución general	123
2.2 Evolución por género	132
3. El paro juvenil en España	134
3.1 ¿Por qué es tan relevante socialmente?	134
3.2 El paro juvenil desde 1976 a 2012	136
3.3 Una interpretación global	150
3.4 ¿En qué sectores comienzan a trabajar?	154
4. ¿En qué consiste emanciparse?	155
5. La construcción de una sociedad cosmopolita	161
5.1 El doble vínculo de la emigración: necesidad y oportunidad	161
5.2 La noción de juventud cosmopolita	164
6. Las viejas cicatrices: lo que hacía diferentes a las personas jóvenes en el pasado (reciente)	167
7. ¿Pueden llegar a ser las personas jóvenes un sujeto autónomo?	172

Capítulo II

LOS JÓVENES HOY: APRENDER A TOMAR DECISIONES EN UN ENTORNO ENMARAÑADO

I. TESIS INTERPRETATIVAS

1. La construcción social y política de la noción de “la mejor generación” de nuestra historia

Una vez aprobada la Constitución de 1978 se consolidó entre los españoles una percepción muy sólida, y casi unánime, sobre el prometedor futuro que garantizaba aquel esfuerzo colectivo hecho a medias de renunciaciones y alternativas. Algunas dificultades posteriores, como el intento de golpe de Estado del 23-F, ayudaron a consolidar aquella percepción. La gran promesa de futuro se refería al avance de una sociedad más justa y equitativa, con un continuo crecimiento económico y un estilo de vida que nos permitía superar (y olvidar) las penurias del pasado. Aunque con el paso de los años la realidad se mostró más compleja, se mantuvo la tendencia al crecimiento económico, se conformó una amplia clase media y una sociedad de consumo. De tal manera que el estilo de vida de los españoles, para sorpresa de todos y orgullo propio, no difería demasiado del de los países más desarrollados de la UE. En algunos aspectos, incluso parecíamos destacar. También es cierto que se mantuvo un alto nivel de desigualdad social y de pobreza severa, aunque esto en ningún caso era demasiado visible para la propia sociedad española, por lo que nunca se pensó que nos podía diferenciar de otros países europeos.

En las décadas siguientes, la sociedad española interiorizó que la promesa sobre el “gran futuro” de la transición política contenía un punto de idealización utópica. Al tiempo, comprendió que se debía avanzar hacia este futuro a un ritmo razonable, ya que no se podía (ni se debía) tratar de alcanzar, así de repente y sin más, la totalidad de los objetivos de aquellas expectativas, esperanzas y promesas. Aparte de mantener una tendencia progresiva y positiva con argumentos sobre lo que se debía hacer: preparar a una nueva generación para que fueran ellos los que alcanzaran el objetivo final. Por este motivo, y durante tres décadas, se han dedicado muchos recursos, tanto del Estado como de las familias, a ayudar a las personas jóvenes para que emprendieran un itinerario que les iba a permitir hacer realidad las utopías de la transición política, lo que, sin duda, parecía un proyecto muy razonable.

El problema es que tales objetivos habían sido fijados por una generación muy diligente y en un momento histórico muy concreto. Después se congelaron para poder orientar, tanto la intervención pública como la actitud de las familias, hacia un horizonte determinado e inamovible. Como consecuencia, todos los recursos sociales y públicos para las personas jóvenes se orientaron de forma exclusiva y durante tres décadas hacia el logro de determinados objetivos inamovibles y preestablecidos: tener un trabajo estable y seguro de por vida, un buen nivel de ingresos y autonomía econó-

mica, vivienda propia, moderna, amplia y adecuada, así como un idealizado proyecto de vida familiar al margen de todo riesgo. Todo ello envuelto en una nube de modernidad (y felicidad personal). Las familias debían empeñarse en que sus hijos alcanzaran estos objetivos, y por ello debían protegerles incluso más allá de lo razonable¹. Una actitud que encaja muy bien con el modelo tradicional del “familismo mediterráneo” que ha caracterizado nuestras relaciones sociales en los últimos siglos.

No se preveían otros objetivos y se dejaba de lado toda iniciativa relacionada con el empoderamiento y la participación juvenil (lo que se ha venido llamando “políticas sobre condición juvenil”), a pesar de que la Constitución dedica de forma exclusiva el artículo 48 a garantizar este tipo de políticas. Pero, como no se puede obviar el mandato constitucional, las políticas de juventud se han caracterizado en España por las llamadas “retóricas de juventud”, un tipo de discurso que hacía hincapié en el empoderamiento y la participación de la juventud², al tiempo que ponían en marcha estrategias sociales y políticas para evitar que las personas jóvenes se empoderaran y participaran. En estos momentos se puede acceder a una descripción empírica de tales estrategias³.

¹ La omnipresencia de este relato social fue detectada de una forma exclusivamente empírica a principios de la década de los años noventa. Véase Aguinaga, J. y Comas, D. (1991): *Infancia y adolescencia: La mirada de los adultos*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. En este trabajo se pudo mostrar la profunda transformación de los límites que las familias establecían para sus hijos menores de edad. Limitaciones tradicionales, como por ejemplo, y de forma muy llamativa, el rechazo a cualquier forma de actividad sexual por parte de las chicas, que se habían transformado en “hay que dejarles, pero con una pareja lo más estable posible que incluso será acogido (y por tanto controlado) por la familia”. Cuando más adelante se preparó un trabajo de campo para un estudio –Elzo, J. (2000): *El silencio de los adolescentes: lo que no cuentan a sus padres*. Barcelona: Temas de Hoy–, se utilizó a un grupo de adolescentes entre 13 y 16 años para que entrevistaran y utilizaran técnicas de observación participante con sus iguales, y se pudo deducir, en coherencia con este relato social, la diferencia entre los “secretos formales pero compartidos como tales con los padres”, por ejemplo, el sexo y otros comportamientos que de forma tradicional también eran considerados transgresiones, y los “secretos verdaderos”, el más significativo de los cuales podría ser “haber perdido el interés por el futuro”, algo que “la familia notaba”, pero de lo que nadie se atrevía a hablar. Una transformación y un juego relacional que, en un tercer trabajo empírico, coordinado por Eusebio Megías, ya se daba como algo natural, sin plantearse que el reemplazo de aquellos secretos (que seguían siéndolo, pero que se compartían con madres y padres) y los “verdaderos secretos” relacionados con la desconfianza hacia la trayectoria vital prevista conformaban un “nuevo relato cultural”. Megías, E. (coord.) (2003): *Comunicación y conflictos entre padres e hijos*. Madrid: FAD.

² Marí-Klose, P. (2012): “Prioridades poco prioritarias. Jóvenes en la agenda gubernamental en España (1982-1996)”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n. 140; Comas, D. (2007): *Las políticas de juventud en la España democrática*. Injuve. Un análisis muy detallado de las políticas de juventud, en todos los niveles administrativos y en el contexto de la crisis, puede verse en Comas, D. (2011): “La políticas públicas de juventud”, en *Revista de Estudios de Juventud*, n. 94, número monográfico.

³ Comas, D. (2009): *Los jóvenes asturianos 2008. Los escenarios de una generación premeditada*. Oviedo: Gobierno de Asturias; Comas, D. (2010): *Los presupuestos participativos y las políticas de juventud: un estudio de caso sobre la cultura de la participación social en España*. Injuve.

Como consecuencia, los jóvenes representaban la esperanza colectiva. Se dedicaban tantos medios a su promoción que todo el colectivo juvenil y cada uno de ellos en particular debían esforzarse en cumplir con los compromisos vitales que permitían vislumbrar el horizonte de los objetivos alcanzados. Es decir, dejando atrás el período histórico en el que las personas jóvenes tomaban sus propias decisiones y elegían (y cambiaban) la dirección de sus pasos, había que volver al viejo modelo de la senda preestablecida, definida por el conjunto de la sociedad adulta y que se suponía que garantizaba el cumplimiento de todas las profecías y relatos sobre “el gran futuro”.

Sobre esta estrategia de reproducción social se articulan dos componentes que determinan, de forma conjunta y estructural, la Red de los Fenómenos que vamos a analizar después. El primero se refiere al “malentendido del comportamiento juvenil”, que describe la evolución del “rechazo político y el conflicto generacional” propio de la etapa franquista hasta el actual modelo de “transgresión formalizada, ordenada y funcional”, limitada en el espacio y el tiempo del fin de semana, y que conforma un mecanismo de compensación de los esfuerzos escolares y laborales de la semana. Un ritual de transgresión que escenifica la lógica de la “nueva disciplina” y que garantiza que ninguna persona joven, haga lo que haga, pueda abandonar la senda institucional, aunque quiera o lo desee. El segundo está relacionado con dos conceptos acuñados hace unos años. Se trata de “generación premeditada” y de “hijos tesoro”⁴, rápidamente aplicados a algunos estudios de juventud⁵, sobre los que finalmente se presentó una síntesis conceptual y teórica⁶. En el texto, estas dos nociones apenas se rozarán, por lo que parece conveniente clarificarlas antes.

La noción de “generación premeditada” equivale de alguna manera a la de “hijos deseados” y se vincula al rápido descenso de la fecundidad entre los años 1976 y 1978. Esta circunstancia produjo, especialmente si excluimos a la población inmigrante, una transformación radical de la pirámide de edad española, que muestra una línea, que en la actualidad se sitúa en 35-36 años, por debajo de la cual los efectivos de las diversas cohortes disminuyen de una manera llamativa. El descenso de la fecundidad coincide con la transición política y marca el inicio de la transformación del relato social en torno a los objetivos vitales de las personas jóvenes. Es una generación predeterminada, porque en términos de fecundidad ha sido planificada, pero también porque, en relación con las políticas de juventud y de actitudes

⁴ Aguinaga, J. y Comas, D. (2006): “La generación premeditada”, en *Temas para el Debate*, n. 138.

⁵ Aguinaga, J. y Comas, D. (2006): *Estudio sobre los jóvenes de Las Rozas en el año 2005*. Madrid: Fundación General de la UNED; y Comas, D. (2009).

⁶ Aguinaga, J. y Comas, D. (2008): “La juventud española, entre la negación y la mitificación”, en Campo, S. del y Tezanos, J. F. (eds.): *La sociedad. España siglo XXI*. Madrid: Biblioteca Nueva.

familiares, es la portadora de la esperanza en un futuro aplazado⁷. A principios de la década de los años noventa, cuando las primeras personas jóvenes de la “generación premeditada” llegaron a la pubertad, este relato social ya era hegemónico y estaba perfectamente articulado.

La noción de “hijo tesoro” se deriva de la anterior. Tiene que ver tanto con la escasez de efectivos, es decir, el bajo número de hijos por familia, como con el valor intrínseco que se atribuye a los mismos como portadores de esta esperanza de futuro. Perder a un hijo, en el sentido físico, pero también en el psicológico o en el moral, ya no supone sólo una desgracia familiar, sino una pérdida irreparable para el proyecto de vida de la unidad familiar. Por ello, es necesario protegerlos, pero también controlarlos de una forma efectiva y realista. Como consecuencia, estos hijos deben asumir un nuevo modelo de disciplina social, muy diferente a lo que en el pasado se consideraba disciplina, pero mucho más efectivo.

¿Ha funcionado este modelo social y político? Pues lo cierto es que sí, que mucho y que muy bien. No sólo por su hegemonía (por no utilizar la palabra unanimidad), sino porque ha logrado mantener este proceso social en una relativa invisibilidad social. A la vez, y con mucho, la juventud española ha sido –y posiblemente aún es– la más feliz de Europa⁸. Sólo una pega: a partir de los años noventa, las personas jóvenes en España comienzan a dudar, no tanto de la misión encomendada, como de la capacidad de sus padres y madres, y en general de todos los adultos, para acompañarles de una manera eficiente en este trayecto. Pero se trata de una duda que no ha tenido, al menos hasta ahora, una expresión colectiva, debido en una gran medida a otra característica del modelo y que también se describirá más adelante: no se ha desarrollado su capacidad para tomar decisiones al tener cortada su posibilidad de participación social.

2. El inesperado choque de la crisis de 2008 y la posterior recesión

Pero este proceso requería algunas condiciones. La primera es que se sustentaba sobre un continuo crecimiento del PIB, que preservaba la idea

⁷ Aguinaga, J. (2004): *El precio de un hijo: los dilemas de la maternidad en una sociedad desigual*. Madrid: Debate.

⁸ La medida de la felicidad ha adquirido un cierto nivel de protagonismo a partir de que Daniel Kahneman obtuviera el Premio Nobel de Economía en 2002. El Injuve ha incluido las variables relacionadas con la felicidad de la juventud española en una parte de la serie de sondeos trimestrales que desde 2002 realiza a través del CIS. Un estudio interesante sobre estos datos es el de Ahn, N., Mochón, F. y Juan, R. de (2012): “La felicidad de los jóvenes”, en *Papers Revista de Sociología*, n. 97. Las comparaciones europeas aparecen en Eurostat. Se puede conseguir una buena información empírica y teórica sobre esta cuestión en Javaloy, F. (2009): *Bienestar y felicidad de la juventud española*. Injuve; y Elzo, J. (2006): *Los jóvenes y la felicidad*. Madrid: PPC.

de que un aumento sostenido legitimaba la creencia en la profecía sobre el “gran futuro” formulada en la transición democrática. Aunque es cierto que existían crisis cíclicas, siempre se visualizaron desde una cierta normalidad autocomplaciente, porque de manera global el PIB seguía creciendo a un ritmo que la sociedad española consideraba bueno y que nos permitió alcanzar la media europea en muchos indicadores.

La segunda condición se apoyaba en la posibilidad de mantener la creencia en una progresiva modernización de nuestra sociedad. Se trataba de interiorizar la idea de que nos encaminábamos hacia la superación de nuestra imagen de país pobre, encallado en modos de vida, costumbres y normas morales que el resto de los países europeos (en especial los del norte) habían superado hacía décadas. La modernización era, a fin de cuentas, una oferta para que las personas jóvenes asumieran las reglas del relato sobre el “gran futuro” y transitaran por la senda de sus obligaciones con alegría. En la España democrática, al contrario que durante la época franquista y en el resto de los países europeos, la modernización no era vivida como una conquista por parte de las jóvenes generaciones, sino como una oferta de sus madres y sus padres.

Es cierto que se produjeron algunas paradojas; por ejemplo, entre 2002 y 2008, muchas personas jóvenes dejaron sus estudios en el nivel de educación obligatoria –y el abandono escolar aumentó hasta límites insoportables– por la tentadora oferta de un mercado de trabajo de fácil acceso y sueldos elevados para personas sin formación. Asimismo, entre 2006 y 2008, en pleno *boom* inmobiliario, se produjo un movimiento juvenil (el único con esta temática en todo el período democrático), impulsado en parte por los Consejos de Juventud, cuya principal reivindicación se refería al problema de la “esclavitud permanente” que representaba la necesidad social de tener una vivienda propia.

Pero el encaje voluntarista de la “generación premeditada”, que se percibía y representaba como (y en realidad era) una profecía estable y progresiva, se quebró a partir de 2008, con lo que al principio parecía una típica crisis coyuntural, para aparecer después como una crisis más profunda y prolongada, que se compara con la hasta ahora emblemática del año 1929, aunque en España la actual ya es más profunda⁹, para derivar finalmente en una recesión a largo plazo, que admite pocas comparaciones y que está modificando aspectos esenciales de nuestra situación política, social, económica y cultural. Una transformación que rompe el consenso social en torno a la promesa del “gran futuro”, tal y como fue formulada en la transición.

⁹ Como quiebra social no se puede comparar con la guerra civil, ni con las condiciones de vida en la postguerra, pero como acontecimiento que va a marcar al menos a toda una generación es, sin duda, el más destacado de los ocurridos desde entonces y, por ahora, el reverso negativo de la transición democrática.

Se puede observar este encaje voluntarista con un ejemplo que además permite entender la ruptura histórica que ha provocado la crisis y la actual recesión: la ubicación de clase. Los datos muestran que entre la transición democrática y la actual crisis, la juventud española se fue identificando, en las diversas y abundantes encuestas de juventud, como miembros de una clase media, estable y hegemónica. En las series del CIS, al responder a la pregunta, que tenía cinco alternativas –clase alta, media-alta, media-media, media-baja y baja–, el conjunto de la población española se ha ido posicionando sobre los tres ítems centrales y ha ido escalando posiciones hasta que la suma de las tres categorías superiores representaba a casi un tercio de los españoles. En el caso de las personas jóvenes, tanto en las series del CIS como, en particular, en las del Injuve, la escalada ha sido más rápida, hasta convertir la ubicación de clase baja en residual¹⁰.

¿Qué significa esto? Las personas jóvenes creían, mezclando realidad y expectativas, que ésta era su ubicación social. Aunque los estudios sobre pobreza y exclusión social establecían que casi una tercera parte mostraba algún tipo de carencia, ellos no lo percibían. De hecho, cuando en 2008 comienza la crisis económica, la idea dominante era que se trataba de una situación coyuntural que, además, hasta aquel momento afectaba más a otros países¹¹. Pero cuatro años después, esta visión ya no se sostiene. De pronto los españoles se despiertan de un mal sueño que parecía coyuntural, descubriendo en la vida cotidiana que es permanente y que puede ser muy prolongada. Y lo que es peor, descubren que el referente cultural construido a lo largo de las tres últimas décadas, la promesa y la profecía del gran futuro, puede que no sea cierto.

¿Cuál es entonces la identidad de las personas jóvenes? ¿Cómo las comienzan a ver las personas adultas? Quizá como víctimas de una situación que alguien debe haber provocado. Y la propia juventud, ¿cuál es su identidad? ¿Cómo se sienten? ¿Qué pueden hacer para encajar esta ruptura?

3. Capacidades y dificultades para aprender a tomar decisiones en un contexto inédito

La actual generación joven, la que en 2012 tiene entre 16 y 29 años, es la que tenía entre 12 y 25 años al inicio de la crisis y que ha nacido entre 1983 y 1996, lo que significa que ha sido socializada de una manera muy estricta

¹⁰ De hecho, se dejó de utilizar esta pregunta cuando en una encuesta con una amplia muestra de jóvenes, que tenía como finalidad analizar los usos del tiempo, sólo un 2,2% de los entrevistados se identificó como miembro de la clase baja. Aguinaga, J. y Comas, D. (1997): *Cambios de hábito en el uso del tiempo*. Injuve.

¹¹ Rodríguez, E. et al. (2011): *Bienestar en España. Ideas de futuro desde el discurso de padres y madres*. Madrid: FAD/LaCaixa.

en el paradigma de “gran futuro” y en el modelo de estilo de vida ligado al mismo. Representan, por tanto, la esencia final de la “generación premeditada” y de los “hijos tesoro”, relacionada con una cierta parálisis para tomar sus propias decisiones, algo que de repente, y en un giro de 180 grados, los adultos les exigen, reclamando que reaccionen y espabilen¹².

Nos encontramos, por tanto, ante una paradoja inédita. De una parte, una generación de jóvenes que está considerada como la mejor preparada de la historia de nuestro país, que dispone de herramientas y habilidades que las anteriores no tuvieron y que les permiten enfrentarse a las dificultades con más capacidad que aquellas generaciones que no dispusieron de ellas, pero, a la vez, las instrucciones de uso que les venía proporcionando la sociedad (a través de las instituciones, las familias y los adultos) han desaparecido. Esto les obliga a analizar y a elegir, es decir, a decidir, sin ningún referente previo y en un entorno en el que no es sencillo orientarse y que se percibe como una maraña en la que no parece fácil determinar prioridades.

Para hacerlo, disponen de algunas capacidades y habilidades que pueden utilizarse como ventajas y de algunos inconvenientes que pueden actuar como dificultades. ¿Cuáles son sus ventajas? Pues, para una parte de los mismos, su buena formación académica, aunque pesa mucho la desigualdad. Además, aparece su actitud posibilista ante el mundo, su igualitarismo formal, su capacidad relacional, su alto nivel de digitalización y, de una manera muy significativa, un correcto nivel de civismo, aunque más teórico que práctico.

Un análisis formal nos diría que disponen de muchas herramientas, al menos más y mejores que otras generaciones españolas, pero, ¿para qué les sirven? La verdad es que ni nosotros ni ellos lo sabemos, porque la crisis económica también ha sido la crisis (posiblemente terminal) de un modelo social y político que definía una senda, una trayectoria y unas posibilidades para la vida que ya no van a volver.

Esto significa que estamos ante una fuerte constelación de incertidumbres, de dificultades y novedades, ante las que hay que tomar decisiones. Y ahí es donde aparecen los inconvenientes, centrados en la carencia de experiencia vital y laboral, en la falta de experiencia participativa autónoma y en la incapacidad para elegir y para tomar decisiones. El objetivo de la pasividad de las personas jóvenes ha sido el objetivo básico de la cultura española durante tres décadas. Ahora se supone que necesitamos que sean proactivas. ¿Es posible lograrlo?

No lo sabemos, pero se puede sospechar que tanto las ventajas como los inconvenientes citados no van a resultar decisivos en la actual coyuntura, caracterizada por algo que podríamos denominar “inevitabilidad del afron-

¹² Rodríguez, E. *et al.* (2011).

tamiento". Expresado en otros términos, las personas jóvenes no pueden evitar la situación y no pueden evitar darle una respuesta, aunque en algunos casos puede ser la inhibición. ¿Cuál puede ser esta respuesta? Cuando lo único que sabemos es qué capacidades y dificultades marcan sus posibles límites, ¿podemos adivinarla?

No nos atrevemos a proponer visiones en perspectiva frente a unas actitudes sociales que también están en crisis y en transformación. Aunque se puede señalar una variable decisiva: la generación de la transición ha ejercido a lo largo de toda la etapa de la democracia una estricta tutela (que ha propiciado una creciente disciplina) en las actitudes y la gestión de las oportunidades de las personas jóvenes. Los adultos (y las familias) eran los únicos que sabían y, desde este supuesto conocimiento, tomaban las decisiones que les parecían oportunas. Decisiones que en general han sido muy favorables, en términos de estilos de vida, para las personas jóvenes. ¿Seguirán siendo estos adultos los que decidan o tomarán sus propias decisiones las personas jóvenes? ¿Se situarán las personas jóvenes en la vía de esperar a que escampe para tratar de recuperar el ritmo y las expectativas del pasado o se inventarán sendas alternativas?

Para tratar de responder a tales preguntas se realizará un análisis del ciclo histórico de la democracia española. Una etapa que, de manera razonable, se puede dar por concluida (en España y quizá en casi todo el mundo), lo que supone que, y seguramente no sólo en lo que se refiere a la juventud, ya estamos en otro ciclo en el que se van a producir (se están produciendo) cambios estructurales básicos.

En España, dicho ciclo histórico ha sido más corto que en el resto de los países europeos fundadores del Mercado Común, en los que hacia 1960 ya estaba plenamente implantado. En cambio, en nuestro país, si bien con el "desarrollismo" trató de adaptarse al entorno europeo, la propia esencia de la dictadura franquista lo impedía y nuestra realidad política, económica, social y cultural no se equiparó a la europea hasta que no consolidamos el sistema democrático a principios de los años ochenta. En aquella fecha partimos con un retraso de casi dos décadas, pero como apretamos mucho el acelerador resulta factible sostener que los mimbres básicos de dicho ciclo histórico han sido más peculiares que parejos, en comparación con el resto de Europa, particularmente en lo referido a cinco fenómenos clave: demografía, escolarización, desempleo, emancipación y cosmopolitismo. Éstas son las cuestiones principales que se van a tratar en este capítulo.

Quizá el ciclo esté terminando en España de una manera más abrupta que en el resto de Europa –aunque es similar en otros países mediterráneos–, por lo que resulta muy difícil prever cómo van a evolucionar los acontecimientos incluso a muy corto plazo. La crisis –ya se ha explicado–, aparte de su impacto económico, ha producido un peculiar desajuste social: los jóvenes españoles han sido preparados y orientados hacia unos determinados

logros, objetivos y fines. La mentalidad que han adquirido, de forma cada vez más intensa en las tres décadas de democracia, no les vale para afrontar el presente. Buscan nuevas orientaciones, pero nadie se las ofrece. ¿Qué van a hacer? ¿Qué van a poder hacer? ¿Cómo lo van a hacer?

No es fácil, pero a partir de nuestro diagnóstico sobre lo que hemos llamado fenómenos principales, vamos a intentar entender los posibles componentes del futuro, haciéndonos algunas preguntas sobre las TIC, sobre los riesgos, sobre el ocio y sobre la participación juvenil.

II. RED DE LOS FENÓMENOS

1. ¿De cuántas personas jóvenes estamos hablando y cuántas habrá en el futuro?

A efectos legales y estadísticos, la categoría “persona joven” se extiende entre los 15 y los 29 años. Es decir, se deja de ser joven el día en que se cumplen los 30 años. La determinación de esta franja de edad se estableció en la época de la transición a la democracia (rompiendo con el anterior modelo de 15 a 24 años) y se ha mantenido desde entonces. En su momento, este cambio supuso un avance, al que de manera progresiva se adhirieron, en la década de los años ochenta, todos los países europeos, y en los últimos diez años el resto del mundo, aunque con notables excepciones. Tratando de emular aquel éxito, España ha intentado ampliar la categoría de joven hasta los 34 años, pero, en este caso, la iniciativa no ha prosperado en otros países. Fundamentalmente porque tal ampliación respondía a la situación y a la idea, casi exclusiva de España, de que se era una persona joven mientras no se emancipaba o no se accedía a una vivienda propia y esto, en España, y casi sólo en España, no pasaba hasta después de los 30 años.

Teniendo en cuenta este rango de edad, cada vez hay menos personas jóvenes en España, lo que implica que representan un bien cada vez más escaso. En 1970 eran casi siete millones y medio y representaban el 22% de la población; en 1991 se alcanzó la cifra máxima, con 9.682.119, el 24,9% de la población¹³. Desde entonces se ha iniciado un continuo descenso que la inmigración no ha logrado evitar, a pesar de que un elevado porcentaje de inmigrantes (o de hijos de inmigrantes que ya no son extranjeros) son personas jóvenes (tabla 1).

A 1 de enero de 2012, el número de personas jóvenes era de 7.881.959, lo que suponía un 16,7% de la población. De ellos, 1.391.286 eran extranjeros, lo que equivalía a un 17,7% de las personas jóvenes. Además, hay que tener muy en cuenta que una parte importante de las personas jóvenes que figuran como españoles son en realidad inmigrantes que se han nacionalizado, bien por arraigo o bien porque lo es uno de sus progenitores. Esto significa que los nativos de familias españolas de origen son algunos menos.

El número de hombres supera al de mujeres, a pesar de que entre los extranjeros hay más chicas que chicos (lo que supone que la inmigración joven tiene un cierto componente femenino). Esta mayoría masculina (que

¹³ En 1991 cumplió 15 años la primera cohorte del descenso de la fecundidad iniciado en 1976.

Tabla 1 – Población joven por sexo, grupo de edad y nacionalidad. 2012

	Total	Hombres	Mujeres	Espanoles	Extranjeros
De 15 a 19 años	2.227.550	1.146.321	1.081.229	1.942.332	285.218
De 20 a 24 años	2.538.898	1.290.015	1.248.883	2.111.685	427.213
De 25 a 29 años	3.115.511	1.573.691	1.541.820	2.436.656	678.855
Total	7.881.959	4.010.027	3.871.932	6.490.673	1.391.286

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Padrón municipal de habitantes a 1 de enero de 2012*.

no era así en el pasado) se debe a la caída de la mortalidad infantil (nacían más hombres que mujeres, pero éstos morían en el pasado con mayor facilidad), así como a la reducción de la sobremortalidad masculina por las llamadas “causas externas”, que desciende de una forma vertiginosa en la última década.

Pensando en el futuro, con una proyección de población simple con los actuales efectivos, en 2017 el número de personas jóvenes habrá descendido de manera natural en 1.087.339 efectivos, situándose en menos de siete millones. Para 2022, las cifras alcanzarán, también de forma natural, un suelo de 6.689.435. Obviamente, tales proyecciones no tienen en cuenta factores como el retorno de los inmigrantes y la emigración de los jóvenes españoles. Con estas cifras se puede afirmar que la sociedad española ya se ha situado en una pendiente de descenso demográfico que, salvo que continuara la inmigración masiva en los próximos años, lo que no parece, ya es irreversible. Las personas jóvenes han sido un bien escaso en las últimas décadas y lo van a ser más en las próximas.

2. Perfil educativo de la juventud

2.1 Evolución general

La evolución de los resultados educativos a lo largo de la etapa democrática se ha vinculado siempre con la noción de éxito. No podía ser de otra manera, porque tanto la ciudadanía como la casi totalidad de las declaraciones de los expertos y los propios datos apoyaban el argumento –que, en principio, se formuló desde el ámbito político en el entorno de 1990– de que “ésta es la generación mejor preparada de nuestra historia”.

Se trata de un argumento que se utiliza en coherencia con el significado social de la noción de “generación predeterminada” y con la esperanza en el “gran futuro”. Esto explica que, a la vez, cuando se publica anualmente el Informe PISA sobre rendimiento escolar y, aunque nuestros escolares se sitúan un poco por encima de la media europea y mundial, se genere un gran ruido mediático y se hable de “fracaso del sistema”, porque el conjunto de

Tabla 2 – Nivel formativo alcanzado por la población de 20 y más años por grupos de edad. En porcentaje. 2012

	De 20 a 24 años	De 25 a 29 años	De 30 a 39 años	De 40 a 49 años	De 50 a 59 años	De 60 y más años
Analfabetos	0,5	0,6	0,8	0,8	1,1	5,4
Educación Primaria	10,0	8,3	6,6	9,7	24,4	62,2
Educación Secundaria de primer ciclo	25,7	27,3	27,0	32,4	29,9	12,8
Educación Secundaria de segundo ciclo	41,0	24,5	23,8	23,3	20,2	8,3
FP Superior	–	12,2	13,3	10,6	6,1	2,4
Enseñanza universitaria de primer y segundo ciclo	–	23,9	25,6	20,7	16,3	8,1
Enseñanza universitaria de tercer ciclo y estudios oficiales de especialización profesional	–	2,6	2,5	2,0	1,7	0,7
Otros de difícil clasificación	–	0,7	0,5	0,4	0,3	0,2
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, cuarto trimestre de 2012.

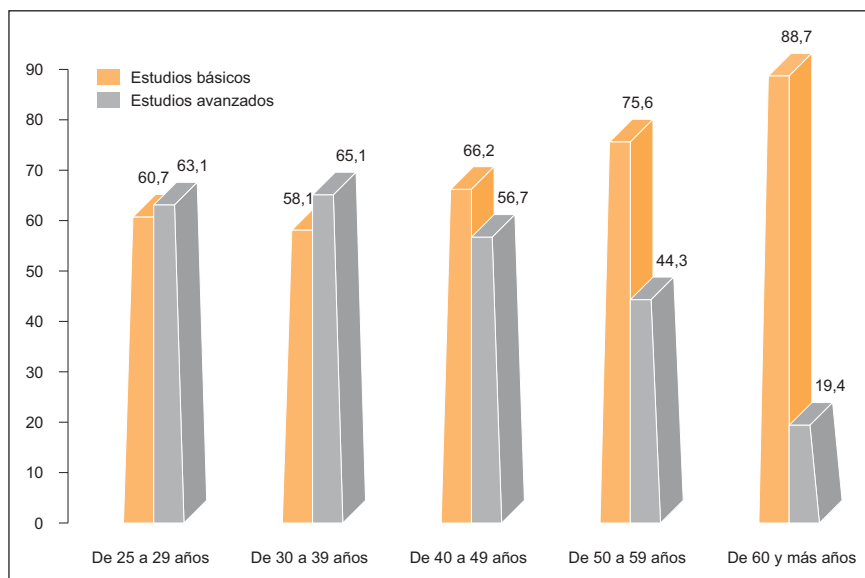
indicadores nos distancia del líder (Finlandia) y además estamos muy lejos de los que encabezan la clasificación en matemáticas (Corea del Sur y otros países orientales).

En realidad, nuestros datos no son peores (incluso son un poco mejores) de los de la mayoría de los países de la UE, aunque se consideran insuficientes para alcanzar los objetivos sociales que se fijaron en la transición democrática. Se supone que hemos hecho demasiados esfuerzos (lo cual no es cierto) para un resultado tan magro. Como consecuencia, la imagen social de nuestro sistema educativo supone, a la vez, un éxito, porque progresa, y un fracaso, porque lo hace de forma insuficiente.

La tabla 2 recoge los datos del máximo nivel formativo alcanzado por edad. Se han excluido las edades y los niveles formativos que aún pueden continuar y ampliar debido a su edad natural¹⁴: el grupo de 20-24 años y los estudios superiores. Muchos jóvenes de esa edad están cursando estudios universitarios, pero su nivel máximo logrado es, por ahora, el segundo ciclo de Educación Secundaria. Se trata de una presentación original que relaciona cada grupo de edad con un determinado período histórico: aquel en el que dicho grupo realizó sus estudios.

La transición a la democracia coincidió con la fase de estudios superiores del actual grupo de edad de 50-59 años y con los estudios primarios y

¹⁴ Aunque la UNED, con una cifra estable que supera en la actualidad los 260.000 alumnos, ha permitido un continuo incremento de la cifra de licenciados, todos fuera de su “edad natural”. Esto modificaría las cifras de los grupos de edad más avanzados.

Gráfico 1 – Nivel formativo alcanzado por la población de 25 y más años por grupos de edad. En porcentaje. 2012

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, cuarto trimestre de 2012.

medios de los que actualmente tienen entre 40 y 49 años, de tal manera que el impacto de la transformación de los objetivos sociales se nota en estas cohortes. De hecho, se percibe claramente, ya que se produce un cambio notable, porque la implantación del sistema democrático reduce en más de un 80% a los que sólo tienen estudios primarios, al tiempo que duplica el número de los que alcanzan títulos superiores.

A partir de ahí se percibe una cierta estabilización, e incluso algunos retrocesos, que en parte se pueden atribuir al nuevo fenómeno de la inmigración, pero esto supone una explicación insuficiente. ¿Es ésta la generación mejor preparada de nuestra historia? Pues sí, pero las diferencias por debajo de los 50 años son muy tenues, lo que significa que en la actualidad las personas “sobradamente preparadas” son todas las que tienen menos de 50 años y no sólo una imaginada generación juvenil. Una constatación que obliga a preguntarse: ¿por qué el grupo de menos de 30 años no ha seguido una evolución educativa similar al grupo de los que tienen 30-50 años? O, al menos, ¿por qué no ha avanzado al mismo ritmo?

El gráfico 1, que compara estos grupos de edad a partir del porcentaje de los que tengan sólo estudios secundarios y los que tengan el título del segundo ciclo de Educación Secundaria o más (lo que implica la superposición de aquellos que tienen dicho título) es aún más clarificador. Permite

constatar de una manera evidente tanto el gran salto de la transición democrática como la estabilización posterior.

Finalmente, las tasas de escolarización que ofrece la EPA permiten comprender de una forma lineal y sencilla la evolución de la inmersión educativa en España. Se partía en la etapa del franquismo de un contexto social e institucional más propio de un país subdesarrollado que de los estándares europeos. Aunque no es fácil conocer las cifras porque, por ejemplo, en Educación Primaria se comienzan a recoger los datos de manera sistemática en el curso 1956/57 y hasta el curso 1964/65 hay más alumnos que niños y niñas de las edades correspondientes. En algunos cursos, como el caso de 1961/62, esta cifra supera ampliamente el medio millón de infantes, lo que supone que las estadísticas están infladas, quizá para obtener más recursos, en el ámbito de cada centro escolar y en las antiguas direcciones provinciales.

Los datos de enseñanzas medias y superiores parecen más fiables. En el curso 1961/62, los estudiantes representaban algo más del 19% de los adolescentes de 11 a 16 años. Diez años más tarde, en el curso 1971/72, la cifra se situaba en el 44%. Sin duda, una tasa de crecimiento espectacular (un 132%), que forma parte del llamado “desarrollismo español”, pero que aún nos mantenía lejos de los estándares europeos de aquella época.

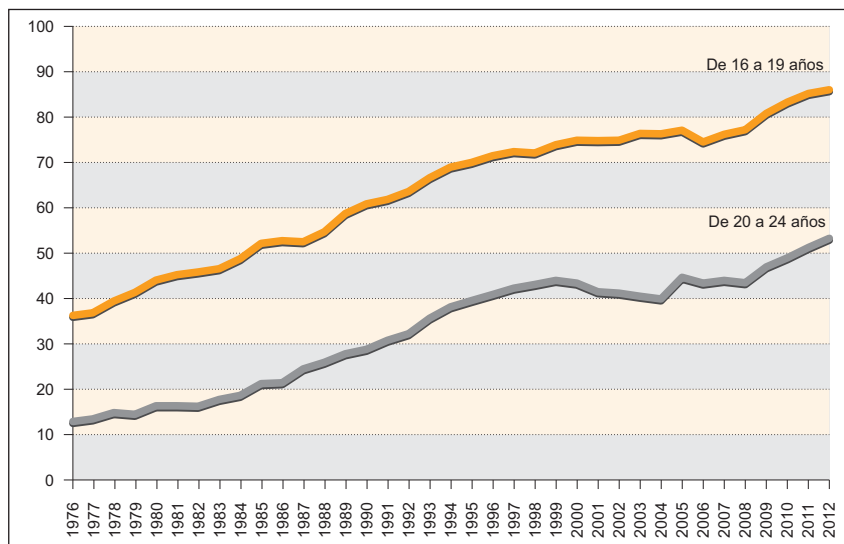
Por su parte, la Educación Superior no avanzaba al mismo ritmo. Así, en el curso 1961/62, los estudiantes universitarios representaban el 4% de la población española entre 18 y 22 años, y en el curso 1971/1972 suponían un escaso 8%. Se había duplicado, pero con un crecimiento inferior al del alumnado de enseñanzas medias, quizá porque recogía sólo el incremento de las personas jóvenes que habían llegado a aprobar el curso preuniversitario entre 1968 y 1971¹⁵.

Para seguir con más detalle el desarrollo posterior, el gráfico 2 refleja la evolución de las tasas de escolarización para los grupos de edad de 16 a 19 años y de 20 a 24 años desde 1976 (primero en el que la EPA facilita estos datos) hasta el cuarto trimestre de 2012. Se aprecian cuatro etapas muy bien definidas. La primera refleja *el moderado crecimiento durante la transición* y los años siguientes (entre 1976 y 1984). La segunda muestra el impacto de la *expansión educativa* (1985-1998). La tercera adopta un perfil mesetario, es decir, *las cifras se estabilizan* y las tasas de escolarización incluso retroceden (1999-2007). Finalmente, la cuarta etapa parece recuperar la senda del *avance de la escolarización* en términos que podrían presagiar incluso una nueva expansión (2008-2012).

La *etapa de la transición* (1976-1984) coincide con la apuesta educativa del nuevo sistema político, manteniéndose la inercia de un crecimiento con-

¹⁵ Los datos citados han sido elaborados a partir de los anuarios estadísticos de España de los años correspondientes.

Gráfico 2 – Evolución de la tasa de escolarización por grupos de edad. 1976-2012



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios años.

tinuo que debe afrontar el hecho de que las decisiones presupuestarias del período se conviertan en realidades de infraestructura física y humana. Así, en esta etapa, la escolarización del grupo de 16-19 años pasa de un 36,2% a un 52,7%; es decir, crece alrededor de un 4% anual. Por su parte, el grupo de edad de 20-24 años aumenta de un 12,9% a un 21,3%, lo que significa un crecimiento interanual de más del 6%. Incrementos muy elevados, aunque a partir de cifras muy escasas.

Por su parte, la larga *etapa de la expansión educativa* (1985-1996) eleva las tasas de escolarización del 52,7% al 71,4% para el grupo de edad de 16-19 años y del 21,3% al 41% para el de 20-24 años. Se mantienen las tasas de crecimiento interanual, pero ya con unas cifras elevadas, que comienzan a ser las de un país desarrollado. Se trata de un acontecimiento histórico que parece garantizar la esperanza en el gran futuro a través de la masiva escolarización de la juventud española.

Pero *la expansión se ralentiza* para la población de 16 a 19 años en el curso 1997/98 y en el curso 1998/99 para el grupo de 20 a 24 años, iniciando una nueva etapa (que se mantiene a lo largo de nueve cursos escolares), en la que la tasa aumenta más lentamente para ambos grupos de edad.

Es además el momento en el que España debería haber confirmado su apuesta educativa¹⁶. Pero, comienzan a operar otros factores, en particular

¹⁶ En el año 2000, la UE formuló la llamada “Estrategia de Lisboa” o la “Agenda de Lisboa”, en la que por primera vez este organismo marcaba objetivos comunes europeos en

la sobreoferta de trabajo dirigida a personas jóvenes sin formación, fundamentalmente hombres, a los que se tentaba con elevados sueldos, principalmente en sectores como la construcción. Se inicia así una larga etapa de diez años caracterizada por el abandono escolar prematuro y por altas tasas de fracaso escolar masculino¹⁷. La cuestión, por evidente, generó un fuerte debate, pero sólo se propusieron respuestas en términos de “mejora pedagógica”, que obviaban la realidad macrosocial de lo que estaba ocurriendo. De tal manera que no se tomaron medidas sobre absentismo escolar prematuro ni se realizó ninguna acción de concienciación hacia las familias con el lema “lo prioritario son los estudios”¹⁸.

No es fácil comprender cómo es posible que este fenómeno ocurriera en España, en el contexto de un relato social sobre el “gran futuro”, en el que en teoría debería primar la escolarización. Para entender esta contradicción se pueden analizar las notables diferencias territoriales respecto al abandono temprano y al fracaso escolar. Si se compara por comunidades autónomas, la distribución porcentual del alumnado que no obtuvo el título de la ESO en el curso 2005/06 (un curso reciente y muy representativo de esta etapa), se observan (tabla 3), en primer lugar, las notables y espectaculares diferencias entre territorios, con un núcleo de cabeza que se asimila a los mejores resultados europeos y un grupo muy alejado de éstos. Y todo dentro de un solo país que, en lo básico, desarrolla un único sistema educativo.

Unos resultados tan divergentes que no pueden, por tanto, atribuirse a diferencias en el sistema educativo, tampoco a desigualdades en la calidad de

materia de educación. Para medirlos se fijaron una serie de indicadores que permitirían comprobar si se habían alcanzado estos objetivos comunes, primero en 2010 y después en 2020. En el momento en el que se formuló la estrategia, la situación educativa española se hallaba sobre la media europea, aunque el gasto en educación no parecía suficiente, pero esto no impidió suponer que íbamos a alcanzar e incluso a superar con facilidad los objetivos fijados. Sin embargo, mientras el resto de la educación europea avanzaba, en España se estabilizaba e incluso retrocedía en algunos indicadores, salvo en los relativos a Educación Infantil y a “movilidad transnacional de educación superior” (las cifras pueden consultarse en los sucesivos informes anuales del Gobierno español en objetivos educativos europeos y españoles).

¹⁷ Comas, D. y Granado, O. (2002): *El rey desnudo: componentes de género en el fracaso escolar*. Madrid: POI.

¹⁸ Esta actitud de muchas familias españolas desconcierta, ya que parece revocar conceptos como “la gran esperanza en el futuro”, “generación predeterminada” e “hijos tesoro”. Se trata de un fenómeno muy conocido, pero que nadie ha estudiado. Considerando los casos concretos y suficientemente conocidos, porque los “hemos hablado” en nuestro entorno, podemos formular una hipótesis exploratoria: un doble vínculo entre avaricia y esperanza. La esperanza aplazada al futuro y la avaricia ante la posibilidad de obtener dinero (en ocasiones mucho dinero) de forma inmediata. La mayoría de las familias han apostado por lo primero y una minoría por lo segundo, pero ha sido una minoría suficiente para que el progreso educativo de nuestro país se frenara. Por supuesto, las familias parece que no han tenido nada que ver, porque era “el niño” (y en menor medida “la niña”) quien no quería estudiar y prefería el dinero. El hecho de que las familias no asumieran su responsabilidad indica que “sabían” que se situaban al margen de los objetivos sociales compartidos.

Tabla 3 – Evolución de la tasa bruta de población que no se gradúa en ESO. Cursos 2000/01-2009/10

	2000/01	2005/06	2009/10
Asturias	15,9	16,5	13,5
País Vasco	17,8	17,0	14,6
Navarra	18,4	22,3	16,9
Cantabria	19,1	22,4	12,3
Castilla y León	22,6	22,5	20,3
Galicia	24,1	25,1	23,4
Cataluña	24,6	28,4	23,0
La Rioja	25,7	28,6	25,8
Aragón	24,6	29,1	25,1
Madrid	24,1	29,2	24,0
Extremadura	34,0	32,4	23,4
Murcia	34,9	32,5	30,5
Castilla-La Mancha	33,4	33,7	30,3
Andalucía	27,1	34,0	27,0
Canarias	32,5	35,9	28,4
Melilla	45,1	37,5	35,8
Baleares	35,5	38,0	35,0
Comunidad Valenciana	30,8	39,7	36,0
Ceuta	47,0	52,0	38,8
Total	26,6	30,8	25,9

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (2013): *Las cifras de la educación en España. Curso 2010-2011*.

la enseñanza o en las competencias del profesorado¹⁹. Mucho menos al grado de desarrollo de cada uno de los territorios, porque en cada una de las tres agrupaciones mostradas para el curso 2005/06, que por lo demás son muy compactas, coinciden comunidades autónomas con un PIB alto con otras con un PIB bajo. Existe una cierta relación entre resultados e inversión en educación, pero con notables excepciones, ya que, por ejemplo, en el grupo de las autonomías con menor fracaso y abandono escolar están las dos que más invierten en educación (País Vasco y Navarra) y dos con una inversión que se sitúa sobre la media (Cantabria y Castilla y León), pero lidera el grupo Asturias, una de las comunidades autónomas que, en proporción a sus habitantes, menos invierte en educación. Otra excepción importante es Madrid, el farolillo rojo en inversión educativa, pero que sin embargo se sitúa en la

¹⁹ ¿Es tan distinto el sistema educativo asturiano, que muestra una tasa de fracaso y abandono escolar por debajo de la media europea, al de la Comunidad Valenciana o Baleares, que representan una especie de agujero negro con pocos equivalentes territoriales en otros países de la UE? ¿Por qué no se considera nunca este factor en los análisis del fracaso escolar en España? ¿Por qué en los propios territorios afectados no se plantea esta cuestión? Quizá para evitar preguntas que conducirían hacia el responsable principal.

media de resultados. Finalmente, el grupo con mayor fracaso y abandono escolar incluye autonomías con un escaso gasto en educación (Baleares y Canarias), con un alto gasto en educación (Andalucía y Castilla-La Mancha) y el territorio con peores resultados en el curso 2005/06 y 2009/10, la Comunidad Valenciana, que tiene un gasto situado en la media nacional²⁰.

Si la causa de las diferencias no puede ser ninguna de estas variables, ¿a qué podemos atribuirla? En nuestra opinión, hay una correspondencia territorial entre las altas tasas de fracaso y el abandono escolar en este período con el volumen de la “burbuja inmobiliaria” y las tasas de economía sumergida²¹. Es decir, el abandono y el fracaso escolar se vinculan, al menos en el período descrito, a un determinado contexto económico y social en el que tenemos fundadas sospechas de haber localizado al responsable principal. Un contexto en el cual en algunas comunidades autónomas, básicamente las que protagonizaron la reconversión industrial en los años ochenta, la mayoría de las familias pensaba que “el gran futuro generacional” estaba aún lejos y había que mantener a los hijos e hijas escolarizados, mientras que en otras se creía que gracias al ladrillo y al turismo este gran futuro ya había llegado y, por tanto, el esfuerzo escolar ya no era necesario.

Por último, la actual etapa de *crecimiento de la escolaridad* arranca de manera aparatosa en el curso 2009/10, coincidiendo con el inicio de la crisis económica, el pinchazo de la “burbuja inmobiliaria” y el crecimiento del paro (acontecimientos que se concentran en octubre-noviembre de 2008). Muestra una tendencia alcista (dos puntos porcentuales por año en los últimos cuatro cursos, tanto para el grupo de edad de 16-19 años como para el de 20-24 años) que, de mantenerse, conduciría, si se producen otros cuatro años de un crecimiento similar, hasta el nivel medio de las cifras europeas. Es decir, en muy poco tiempo se compensaría la diferencia acumulada en el período 1998-2008.

Se trata, en todo caso, de un crecimiento paradójico de las tasas de escolarización, ya que recoge varios factores. En primer lugar, la reincorporación de personas jóvenes que no acabaron sus estudios, incluidos los obligatorios, al haberse alistado de forma precipitada en el ámbito laboral, tratando ahora de recuperar las oportunidades perdidas. Así, la EPA del cuarto trimestre de 2012 recoge la cifra de unas 42.000 personas entre 20 y 24 años que en la actualidad están cursando estudios de enseñanzas medias, un crecimiento de casi un 300% de la ESO para adultos entre el curso 2009/10 y el 2011/12.

²⁰ Puede seguirse fácilmente la serie de datos sobre índices de gasto en educación por comunidades autónomas en el portal de transparencia www.sielocal.com, que muestra además una gran estabilidad en las posiciones relativas de cada una de ellas.

²¹ Véase AA.VV. (2010): *Implicaciones de la economía sumergida*. Madrid: Círculo de Empresarios.

En segundo lugar, la estrategia tradicional de aquellos que siguen estudiando mientras buscan trabajo y que, por tanto, no los abandonan mientras no encuentran empleo. La serie de los *Informes Juventud en España* han recogido con exactitud esta evolución (véase la tabla 5), ya que entre 2008 y 2012 las personas jóvenes que trabajaban han pasado del 40% al 20%, las que estudiaban del 31% al 44% y las que estudiaban y trabajaban del 13% al 19%. La “burbuja inmobiliaria” no sólo ha dejado nuestro territorio convertido en un mar de cemento, sino que también ha creado una generación inadecuadamente formada. Lo primero parece irreparable, pero lo segundo quizá pueda compensarse.

En tercer lugar, opera en sentido contrario otra variable: el aumento de las tasas académicas, que según datos no contrastados, pero declarados, por el Consejo General de Universidades, ha producido una importante disminución de la matrícula en el curso 2012/13. En cambio, los recortes en enseñanzas medias y otras postobligatorias con un sistema público gratuito no parecen haber producido el mismo efecto, ya que el número global de alumnos ha aumentado, aunque la ecuación más alumnos menos profesores y recursos es muy posible que se haya dejado sentir sobre su calidad.

Por lo tanto, se puede concluir que la actual fase de expansión educativa en ambos grupos de edad está relacionada con la falta de posibilidades en el ámbito laboral. Hay que recuperar, sea cual sea la edad y el nivel educativo, la equivocación de los diez años de abandono y fracaso escolar. ¿Se compensará un fenómeno con otro?

Por último, cabe preguntarse, ¿cómo se relacionan las reformas educativas con la evolución de los datos de escolarización? Pues parece que más bien poco, ya que se puede confirmar que son acontecimientos externos al propio sistema escolar los que determinan las oscilaciones descritas. De hecho, contando siempre con un cierto lapso de tiempo entre la aprobación de la legislación y el impacto de la medida, apenas se percibe la influencia de la Ley General de Educación (1970), porque el ritmo de las cifras permanece estable. Lo mismo se puede decir de la Ley Orgánica de Ordenación General de Sistema Educativo (LOGSE) de 1990, con una implantación progresiva y que recoge un impulso ya existente que se agota en pocos años. Pero el caso más llamativo es el de la Ley Orgánica de Calidad de la Educación (LOCE) de 2002, que no se relaciona con ninguna consecuencia educativa visible, salvo el incremento del abandono y del fracaso escolar, lo que confirma que los movimientos estructurales y pedagógicos siempre son de menos calado que las influencias del contexto económico y social, a lo que en la perspectiva que venimos manejando hay que añadir el contexto cultural. Otro tanto se podría afirmar de la Ley Orgánica de Educación (LOE) de 2006, ya que las tasas de fracaso y abandono escolar se mantuvieron hasta el curso 2009/10 con el mismo marco legal y de pronto cambiaron radicalmente a consecuencia del estallido de la “burbuja inmobiliaria” y la posterior crisis.

Así, se puede sostener con una cierta seguridad que las sucesivas reformas educativas implantadas en España, sustentadas básicamente en una sucesión de orientaciones pedagógicas e ideológico-políticas antagónicas no han influido demasiado en los resultados de nuestro sistema educativo.

En cambio, la Ley Orgánica del Derecho a la Educación (LODE) de 1985 sí parece que produjo un notable impulso sobre las cifras de escolarización. De hecho, su promulgación abre el camino a la etapa de expansión educativa²². ¿Por qué ocurre? Se debe a que la LODE no trata de aspectos pedagógicos ni didácticos (que deberían ser esencialmente competencia de un profesorado adecuadamente preparado y no de las autoridades académicas), sino de la organización de los centros y la participación social en los mismos. Se sabe, por los estudios comparativos internacionales, que ésta es la clave del éxito de un sistema educativo.

El estudio de la evolución de los datos españoles lo confirma, porque la mayoría de leyes que se dedican a invadir lo que deberían ser competencias del profesorado (por supuesto, de un profesorado mejor preparado y con más recursos) no tienen ningún impacto medible en términos macro y en una perspectiva evolutiva amplia²³. Desde una perspectiva histórica, parece de puro sentido común sostener la hipótesis de que la LODE tuvo efectos visibles y beneficiosos. Lástima que nadie, al menos en España, haya considerado e investigado esta hipótesis, al tiempo que se aportaban datos y contradatos en torno al impacto de las sucesivas reformas educativas, que se han limitado a modificar el marco didáctico y pedagógico²⁴.

2.2 Evolución por género

En las páginas precedentes se han presentado los datos relacionados con el perfil educativo sin diferenciar entre hombres y mujeres, pero el período estudiado ha supuesto una transformación radical en la relación entre género y educación. El modelo tradicional, que se mantuvo al menos hasta la década de los años setenta del siglo XX, vinculaba las oportunidades edu-

²² Podría alegarse que hay que buscar los factores causales en otras variables, por ejemplo, en el crecimiento del PIB, en el aumento del gasto de las familias, los presupuestos educativos o las transferencias educativas a las comunidades autónomas. Pero ninguna de estas series muestra un comportamiento que explique la evolución de la tasa de escolarización, lo que refuerza el papel estratégico de la LODE para explicar el fenómeno de la expansión educativa a partir de la mitad de los años ochenta y durante más de una década.

²³ Un error de percepción que parece se repite en el actual anteproyecto de la LOMCE, en el que se considera que los cambios pedagógicos modifican la estructura del sistema, que en realidad ya ha cambiado (y mucho) por los recortes educativos y la crisis económica.

²⁴ Ninguno de los trabajos más completos sobre el fracaso y el abandono escolar en España contempla variables como la participación familiar o la organización de los centros. Un olvido inexplicable cuando es una temática muy frecuente en conversaciones con docentes.

cativas a los hombres y sólo permitía acceder a un grupo restringido de mujeres a una “educación particular”, que se suponía adecuada a su sexo. Las oportunidades educativas no estaban formalmente vedadas a las mujeres, pero en el propio sistema escolar –y en las familias– existían muy diversas estrategias que conseguían desmotivar y que vinculaban la identidad de las mujeres con las labores domésticas y con determinados estudios.

La idea de la igualdad, ligada a la coeducación, en el sistema educativo se expresa de manera formal en la Ley General de Educación de 1970. En aquel curso, 1970/71, el número de niñas y niños en Educación Primaria era similar (1.970.043 niños y 1.959.526 niñas), pero no lo era en Bachillerato (1.521.827 alumnos, un 45,7% de chicas y un 54,3% de chicos) ni en la universidad (168.000 matriculados, de los que sólo un 31% eran mujeres). En Formación Profesional había 151.660 matriculados, de los que 143.955 eran hombres y 7.765 mujeres.

La igualación efectiva en los títulos del segundo ciclo de enseñanzas medias se produjo en la primera mitad de los años ochenta; y, en las enseñanzas superiores, en la segunda mitad de esa misma década, aunque en la prueba de Selectividad del curso 1985/86, la primera de las que se realiza con esta denominación, ya se presentan más chicas (94.624) que chicos (91.513) y además aprueban en mayor proporción (77,6% frente al 75,6%). En los años siguientes, la presencia de mujeres se fue incrementando, manteniendo la diferencia en cuanto a los resultados. En el curso 1995/96, la distancia entre aprobados y aprobadas en Selectividad se sitúa en quince puntos porcentuales favorable a estas últimas y desde entonces se estabiliza en una distribución 60%-40%.

Las diferencias se mantienen estables a favor de los hombres en las ingenierías y en otros estudios técnicos, incluidos los módulos de FP Superior. En el caso de los estudios de postgrado y de doctorado, la igualación se produce en la primera mitad de la década de los años 2000, y a partir del curso 2004/05 ya aparecen como matriculadas, tanto en másteres oficiales como en cursos de doctorado, más mujeres que hombres. Aunque no va a ser hasta el actual curso 2012/13 en el que, por las tendencias de los últimos años, se produzca la equiparación por sexo en tesis doctorales aprobadas.

La distribución por sexo de los resultados educativos en España proporciona otra imagen de la evolución de estos resultados. Si bien durante la transición y la etapa posterior de expansión se equipararon los resultados de hombres y mujeres (incluso con una ligera ventaja de éstas al final), el período de la estabilización se conformó con una fuerte caída de los resultados masculinos que el crecimiento de los femeninos apenas compensó. La consecuencia es que, por debajo del grupo de edad de 35-40 años, el nivel formativo de las mujeres parece cumplir las expectativas del “gran futuro” (y los objetivos e indicadores europeos de la Estrategia de Lisboa). No ocurre

lo mismo con los hombres, que han retrocedido a niveles de principios de los años noventa.

A modo de síntesis, se pueden establecer dos grupos de “cohortes barrera”. El primero lo constituyen las mujeres nacidas entre 1969 y 1970, que serían las protagonistas de la equiparación entre sexos en todos los niveles educativos y son las que en la actualidad tienen 43 o 44 años. El segundo grupo es el de las mujeres nacidas en los años 1974 y 1975, que serían las protagonistas de la superación educativa femenina, y que en la actualidad tienen entre 37 y 38 años.

¿Qué impacto va a tener esta situación sobre las políticas de igualdad? La literatura sobre esta cuestión no se pone de acuerdo, en gran medida porque la superioridad educativa de las mujeres no se ha traducido en la igualdad laboral. Pero, a la vez, es cierto que en la actualidad, y en las edades inferiores a los 38 años, ya hay más mujeres que hombres en los puestos de alta cualificación²⁵.

3. El paro juvenil en España

3.1 *¿Por qué es tan relevante socialmente?*

A lo largo de toda la etapa democrática, la realidad y la amenaza del paro juvenil han conformado una de las preocupaciones más continuas y destacadas para la sociedad española. La combinación de los barómetros de opinión del CIS y las encuestas trimestrales del Injuve muestra que el paro, y en particular el paro juvenil, es uno de los principales problemas percibidos por la ciudadanía. Una relevancia que se mantiene de forma estable y al margen de la evolución real de las tasas de paro²⁶, lo que indica la presencia permanente de una “sensibilidad cultural específica”, que evoluciona al

²⁵ Martínez, M. I. et al. (2011): *Trayectorias laborales de las mujeres que ocupan puestos de alta cualificación*. Ministerio de Sanidad, Política Social e Igualdad.

²⁶ Durante toda la etapa democrática, los barómetros mensuales de opinión del CIS han mantenido, como primer problema de los españoles, el paro, fuera cual fuera la situación del empleo en España en cada momento. Sólo ha sido sustituido de forma puntual (y entonces el paro pasaba durante un tiempo a un segundo lugar) por acontecimientos dramáticos relacionados con el terrorismo o la droga. Se puede observar incluso que en fechas tan significativas para la evolución del paro en nuestro país como noviembre de 2003, en plena caída de las tasas de paro, éste seguía siendo uno de los tres primeros problemas del país para el 60,2% de la población española y era el que más le afectaba personalmente al 30%. En noviembre de 2007, cuando el paro en España alcanzó la cifra más baja de su historia (un 7% después de haber creado, además, tres millones de puestos de trabajo para inmigrantes), seguía siendo el primer problema (con un 40% de respuestas), así como el primero que más afectaba personalmente (con un 18,6% de respuestas). Creemos que la investigación social debería dedicarse a explicar esta “disonancia cognitiva” en vez de repasar una y otra vez las tasas de paro.

margen de la lógica del mercado de trabajo (y de las propias tasas de paro). Esto, a su vez, encubre una respuesta que obedece a otra lógica y a otras finalidades sociales.

En otro texto hemos analizado la relación entre las primeras huelgas generales de la democracia, concretamente, la del 14 de diciembre de 1988 y la del 27 de enero de 1994 –que además fueron las de mayor impacto y participación–, y la cuestión de los “planes de empleo juvenil”, que, vía cambios en la legislación laboral, al menos de manera formal, fueron la razón principal de tales convocatorias (así como de la de 2004). Dicho análisis ha permitido mostrar que los planes de empleo juvenil no fueron “reformados, afectados o corregidos” por dichas huelgas, pero se consiguieron otros resultados sindicales y políticos, de tal manera que nadie volvió a mencionar el motivo de la convocatoria una vez transcurrida la huelga general. Tampoco había mucho de qué hablar, porque los supuestos planes de empleo juvenil, aunque nunca fueron evaluados como tales, no produjeron ninguna consecuencia perceptible, ni positiva ni negativa, lo que permitió en su día calificarlos de “meras retóricas políticas en materia de juventud”²⁷.

Por este motivo, en este apartado se va a analizar la cuestión del paro juvenil en España en el período 1976-2012 tanto desde la perspectiva de su evolución como desde la de los puntos de vista que en cada momento ha producido el análisis de los datos. Una perspectiva que nos sitúa no tanto en el terreno del análisis de la cuestión del propio fenómeno del paro juvenil, sino en el de las relaciones entre dicho fenómeno y la sociedad española. Es decir, no nos interesan las cuestiones relacionadas con el mercado de trabajo, los procesos de inserción laboral y el acceso al empleo, o incluso la autonomía económica y laboral, incluido el tema de la emancipación, para lo cual ya existe una bibliografía inabarcable (y muy reiterativa), sino un enfoque cultural en torno al vínculo discursivo que establece la sociedad española con la cuestión del paro juvenil. Es decir, vamos a analizar un relato social (un “gran relato” de hecho) y lo relacionaremos con los datos de paro a lo largo de todo el período.

Se puede alegar que ésta es una actitud poco responsable ante los graves problemas de empleo que en la actualidad afectan a la juventud española. De hecho, éste ha sido el argumento utilizado, a lo largo de más de treinta y cinco años, para que la totalidad de los análisis se hayan centrado sobre un enfoque ortodoxo, que se suponía iba a garantizar, con su rigor y con la responsabilidad de los analistas, respuestas útiles para resolver el problema.

A lo largo de más de tres décadas, las conclusiones han sido muy similares. Pero, ¿ha servido de algo tanto rigor positivista? Sí, para construir un relato. ¿Ha servido este relato para resolver algún problema? A la vista está que

²⁷ Comas, D. (2007).

no. Más bien ha cronificado el problema. Entonces, ¿por qué no explorar otras vías? Parece lo más aconsejable cuando diariamente se presenta, una y otra vez, el mismo análisis y las mismas conclusiones, realizado por muy diversas instituciones y profesionales, sin que el conjunto del discurso permita entender otra cosa que no sea que hay mucho, muchísimo, paro juvenil y ninguna alternativa viable, más allá de algunas posiciones (y decisiones) ideológicas.

Sólo vamos a esbozar este tipo de análisis, que sin duda requeriría una investigación muy amplia. Pero, como partimos prácticamente de cero y es sólo un capítulo de un Informe más general, nos limitaremos a un estudio exploratorio, que abra una nueva perspectiva.

Para hacerlo se comparan las tasas de paro de los tres grupos de edad juveniles del cuarto trimestre de la EPA desde 1976 hasta la actualidad. Se relacionan estas tasas con la media de la población activa en cada uno de los períodos considerados. Y se comparan los resultados con los de la serie de las encuestas sobre la juventud en España. Finalmente, se presentarán las conclusiones de cada uno de los cuatrienales informes *Juventud en España* (IJE) que desde 1984 realiza el Instituto de la Juventud de España (Injuve).

Conviene tener en cuenta, en todo caso, que la distribución en períodos cuatrienales (salvo el primero, que cubre ocho años, y el último, cinco) no responde a ninguna hipótesis de fases diferenciadas, sino que refleja los tiempos que cubren los informes *Juventud en España*. También conviene aclarar que se han elegido los IJE porque, aparte de que ofrecen una estricta continuidad para todo el período estudiado, sus contenidos aparecen entre los más rigurosos y tienen la rara –y escasa en España– ventaja de que tratan de utilizar fuentes de datos amplias y resumen la bibliografía disponible en cada momento²⁸.

3.2 El paro juvenil desde 1976 a 2012

El período 1976-1983 y el Informe *Juventud en España* 1984

Esta etapa se caracteriza por una intensa escalada de las tasas de paro juvenil, que corre paralela al aumento de la tasa general de paro, que pasa de un 4,7% en 1976 a un 18% en 1983, aunque la tasa de paro juvenil es, de forma constante y entre los menores de 24 años, algo más del doble de la tasa

²⁸ Resulta sintomático que las encuestas de juventud que se realizan, de manera menos sistemática, en España, entre 1961 y 1982, inclusive, apenas toquen el tema del paro, a pesar de que en algunos momentos el paro juvenil ya es elevado. De hecho, el relato sobre el desempleo surge con la democracia, mientras que en el franquismo, el discurso sobre las causas de la inmigración interna y externa, con más de diez millones de desplazados, se centraba en el estudio sobre las condiciones de vida, la miseria y la búsqueda de oportunidades. Como si todos estos millones de desplazados tuvieran trabajo en sus territorios de origen.

Tabla 4 – Evolución de las tasas de paro y actividad por grupos de edad. 1976-1983

	De 16 a 19 años	De 20 a 24 años	De 25 a 29 años
Tasa de paro			
1976	22,3	12,9	7,7
1977	34,7	18,3	11,3
1978	38,2	21,2	13,0
1979	30,2	19,6	10,2
1980	38,7	26,7	13,7
1981	45,9	31,3	18,5
1982	50,2	34,9	20,2
1983	52,2	38,0	21,4
Tasa de actividad			
1976	49,3	59,3	64,8
1983	43,4	61,6	72,1

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

general de paro en cualquier año. Pero, por grupos de edad, la tasa de paro sigue lógicas muy diferentes si la ponemos en relación con la evolución de la proporción de activos en cada edad. Así, entre el grupo más joven (16-19 años) disminuye ligeramente la tasa de actividad al tiempo que aumenta la de paro, lo que significa que la proporción de personas empleadas en estas edades se reduce de forma muy notable. En cambio, en los otros dos grupos de edad, la evolución es la contraria, ya que se incrementa el número de activos y las tasas de paro son menos llamativas (tabla 4).

El aumento en el número de activos mayores de 20 años se debe a la evolución a la baja de la proporción de personas, casi todas mujeres, que se declaraban no activas porque se dedicaban a “labores domésticas” y por la incorporación al mercado de trabajo de personas que hasta entonces habían estado excluidas del ámbito laboral por enfermedad o minusvalía.

En 1984 se publica la *Encuesta de la Juventud 1982*²⁹, un tanto escueta y fuera del posterior ciclo cuatrienal (y de la continuidad del mismo cuestionario, que comienza en 1984), que se limita a señalar el crecimiento de la tasa de paro juvenil de 16 a 25 años, utilizando los datos de la EPA hasta 1981. No comenta estos resultados, aunque los califica sin más, en singular y por primera vez, como “el problema del paro juvenil”.

En cambio, el *Informe Juventud en España* de 1985 (IJE-1985) dedica al tema del empleo y del paro uno de los siete libros en los que se divide³⁰.

²⁹ Toharia, J. J. y García Ferrando, M. (1984): *Encuesta de la Juventud 1982*. Dirección General de la Juventud. Ministerio de Cultura.

³⁰ Montoro, R. (1985): “La inserción de los jóvenes en la actividad económica: Empleo y paro juvenil”, en *Informe Juventud en España 1985*. Injuve.

Tabla 5 – Evolución de la población de 16 a 29 años según el tipo de actividad que realizan. En porcentaje. 1984-2012

	1984	1988	1992	1996	2000	2004	2008	2012
Trabajan	56	46	28	27	36	41	40	20
Estudian	19	32	42	40	33	31	31	44
Estudian y trabajan	3	4	12	15	15	12	13	19
En paro	10	12	18	11	11	10	12	12
Otra situación	10	6	–	5	5	4	5	2
Total	98	100	100	98	100	98	100	97

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de Injuve, *Informe Juventud en España*, varios años.

En este año, se inicia la serie de la pregunta fija sobre el tipo de actividad de las personas jóvenes (tabla 5). Llama la atención la gran proporción de trabajadores, la más alta del período democrático. Son muchos, además, los que están en “Otra situación”, que incluye “sus labores”, enfermedades y minusvalías, así como el servicio militar obligatorio, que en aquel momento aún duraba de forma efectiva entre 16 y 20 meses en los que no se podía trabajar.

Sin embargo, las tasas de paro que aparecen en este informe se observan con desconfianza por su “pequeño” tamaño, por lo cual la mayor parte del análisis del paro se realiza a partir de los datos de la EPA. Pero, en realidad, se podría haber hecho perfectamente con el IJE-1985, ya que las diferencias no eran tan grandes porque las tasas de paro de la EPA son sobre población activa y las tasas de paro del IJE-1985 (lo mismo que las siguientes encuestas) son sobre la población total. De hecho, si ponderamos criterios, las tasas de paro del IJE representan algo más de un 17% de los activos, lo que las aproxima a la tasa global de la EPA para las tres edades. El amplio análisis de las tasas de paro del IJE-1985 adopta así un lenguaje, que ya era también el lenguaje mediático, que habla de una determinada tasa de paro entre las personas jóvenes, cuando en realidad debería decir “tasa de paro sobre las personas jóvenes activas”. Un lenguaje que permite visualizar el paro juvenil como un problema de gran tamaño y, por tanto, irresoluble.

En cuanto a las conclusiones, el IJE-1985, que dedica un extenso capítulo a la cuestión del paro juvenil, muestra cómo partiendo en 1976 de una tasa de paro muy baja y un volumen de paro muy cercano entre jóvenes y adultos (600.000 parados en ese año, de ellos menos de 300.000 personas jóvenes) se produce un impactante crecimiento del paro juvenil, que alcanza la cifra de 1.800.000 parados, lo que supone más de la mitad de los 2.800.000 desempleados a finales de 1983. Es decir, con poco más de una cuarta parte de la población activa, las personas jóvenes representaban casi un 60% de los parados. Las cifras de la EPA se presentan al detalle, pero no se toca el tema de cuáles pueden ser los factores que expliquen un fenómeno social tan imparable como repentino y de tanto impacto.

Tampoco se analizan las posibles razones por las que afecta de una manera diferencial a las personas jóvenes de los tres grupos de edad –aunque a partir de los 25 años la tasa de paro se normaliza respecto a la media– y se deja de lado el hecho de que las mujeres jóvenes sean las únicas –del conjunto de las mujeres– que tienen una tasa de paro superior a los hombres de sus mismas edades.

Frente a la falta de análisis de las causas se hacen diversas referencias, no fundadas, a las consecuencias, vinculando este aumento del paro juvenil con la expansión del consumo de drogas y con la delincuencia juvenil. Esta hipótesis coincide con el imaginario social de la época³¹, pero más tarde los trabajos empíricos la desmentirán con claridad³².

A la vez, y de forma muy paradójica, aparece una versión muy positiva de las políticas de empleo para las personas jóvenes realzando el éxito de una serie de medidas de desregulación del mercado de trabajo, en particular los contratos temporales específicos para personas jóvenes, los contratos parciales de relevo, los de prácticas y de formación, los contratos a tiempo parcial, así como los primeros planes de empleo juvenil a los que se atribuyó (nunca de forma específica) dotaciones presupuestarias de miles de millones de pesetas. En el texto llama la atención el hecho de que la valoración de tales medidas no se relacione en ningún caso con los incrementos de paro juvenil que aparecen después de tomarlas³³.

Se inaugura así un discurso que, en los siguientes años, va a utilizar el paro juvenil como justificación para sucesivas desregulaciones del mercado de trabajo, que sin embargo hasta 2010-2012 apenas afectan a los adultos. Alguno de los autores citados en los siguientes apartados no están, de forma expresa, de acuerdo con la solución liberalizadora, pero, aparte de negarla, la mayoría tampoco apunta en otras direcciones. A la vez, y salvo alguna excepción, no se analizan los posibles factores y causas que explican el paro juvenil.

El período 1984-1987 y el *Informe Juventud en España 1988*

Este período cuatrienal recoge una de las etapas más significativas del crecimiento del PIB en España (5,55% en 1987, el más alto de toda la etapa democrática, seguido del 5,09% en 1988, el segundo), un momento histórico en el que además se produce nuestra incorporación a la entonces Comunidad Económica Europea (el 12 de junio de 1985, aunque el Tratado entró en

³¹ Comas, D. (1985): *El uso de drogas en la juventud*. Injuve.

³² En 1989, Javier Elzo acuñó el término “bolsillo caliente” para referirse al factor que explicaba con más claridad el inicio y la posterior adicción a las drogas. Un resultado que ningún estudio empírico posterior ha desmentido. Véase Elzo, J. (1989): *Los jóvenes y su relación con las drogas*. Vitoria: Gobierno Vasco.

³³ Montoro, R. (1985).

Tabla 6 – Evolución de las tasas de paro y actividad por grupos de edad. 1984-1987

	De 16 a 19 años	De 20 a 24 años	De 25 a 29 años
Tasa de paro			
1984	57,6	43,9	25,6
1985	55,6	45,4	27,8
1986	52,3	43,7	25,6
1987	49,0	38,4	25,2
Tasa de actividad			
1984	40,3	61,3	73,3
1987	36,1	67,1	77,5

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

vigor el 1 de enero de 1986). Pero, a pesar de estos éxitos y este crecimiento, la tasa de paro se mantiene muy alta, superando el 20% hasta el mismo año 1987. Por su parte, la tasa de paro juvenil sigue siendo exageradamente elevada, doblando entre los 16 y los 24 años la tasa global (tabla 6).

La población activa se siguió reduciendo en la franja de 16 a 19 años, por la prolongación de los estudios, pero aumentó en los dos siguientes grupos de edad, debido a la incorporación de personas que en el pasado adoptaban el perfil de no activas. Es decir, crecemos, nos modernizamos, convergemos con Europa, pero el paro juvenil parece seguir otra lógica.

La disminución del desempleo en el grupo de 16-19 años es significativa si se considera además la evolución de la población activa a estas edades, situándose por debajo del 18% del conjunto de la población juvenil de dicho grupo de edad. Se inicia así un período que pervivirá hasta 1995 en el que, para este grupo de edad, el descenso conjunto de la tasa de actividad y la de empleo producirá una continua reducción de la tasa global de paro sobre el conjunto de la población, hasta un 11,5% en el mencionado año 1995.

En cambio, esta disminución del paro es prácticamente nula en el grupo de 25 a 29 años, en el que además aumenta el número total de parados porque se incrementa la población activa.

Por su parte, el IJE-1988 (tabla 5) muestra que disminuye la proporción de trabajadores, aumenta de manera muy importante la de estudiantes –estamos al inicio de la etapa de expansión educativa– y también se incrementa el número de parados, a pesar de que según la EPA entre 1984 y 1988 la tasa de paro juvenil disminuyó de una forma notable. En todo caso, la tasa de paro juvenil de la EPA de 1988 duplicaba la del IJE-1988.

El análisis sobre el empleo joven del IJE-1988 tiene dos partes muy diferenciadas³⁴. En la primera, José Luis Zárraga –que fue director del IJE-

³⁴ Zárraga, J. L. de (1989): *Informe Juventud en España 1988*. Injuve.

1985 y del IJE-1998– utiliza los datos de la EPA para observar cómo el paro descende en el conjunto de la población española, aunque el juvenil muestra una disminución menos significativa. Esta diferencia facilita la consolidación estratégica de la noción de “retraso en la edad de emancipación” como el problema que engloba todas las dificultades de las personas jóvenes en España. Esto dará lugar al paradigma de que “las políticas de juventud deben centrarse, de forma exclusiva, en los objetivos de la transición a la vida adulta”³⁵.

Pero, en la segunda parte del informe, José Luis Zárraga se interroga sobre las diferencias entre las cifras de paro que aparecen en la encuesta del IJE y en la EPA, recurriendo a los resultados de la *Encuesta sobre Condiciones de Vida y Trabajo* (ECVT-1985) que de forma única y excepcional realizó el INE, con una amplia muestra durante el cuarto trimestre de 1985. Esta triple comparación produce dos resultados principales: primero, que la ECVT-1985 y el IJE-1988 arrojan cifras de paro juvenil muy similares, frente a casi 700.000 parados jóvenes más en la EPA. El análisis de los sectores de actividad, los tipos de contrato y de trabajo permite concluir que la diferencia tiene que ver con “la fuerte presencia de personas jóvenes en la economía sumergida y que la EPA recoge como activos parados mientras que el IJE y la ECVT los considera activos ocupados”. La causa probable de esta confusión se expondrá más adelante.

El segundo resultado es aún más importante. Al analizar los resultados del primer empleo y los itinerarios laborales de las personas jóvenes en la ECVT se evidencia que la mayor parte de los primeros empleos de los jóvenes aparecen en la economía sumergida (un resultado que refuerza al anterior). Desde esta perspectiva se describe, como parte del itinerario vital de las personas jóvenes, un período gris de carácter liminar, que puede durar hasta tres años, en el que la posición formal más frecuente es buscar empleo –y estar por tanto parado–, mientras se desempeñan diversos trabajos en el ámbito de la economía sumergida³⁶.

El período 1988-1991 y el *Informe Juventud en España 1992*

Durante esta etapa se observa una ostensible mejora de la tasa de paro juvenil (tabla 7). Hasta los 24 años disminuye la proporción de activos e incluso entre los 25 y los 29 años apenas crece, quizá porque se vive la fase álgida de la expansión educativa, en la que, además, el paro general también descende hasta alcanzar un 16,9% en 1991 (la cifra más baja desde 1981). De hecho, la tasa de paro sobre la población de 16 a 19 años se sitúa en el 10,3% y la tasa de escolarización en las mismas edades en un 61,8%.

³⁵ Comas, D. (2007).

³⁶ Más adelante se reconsiderarán estos resultados y se tratará de poner en evidencia su importancia sociológica.

Tabla 7 – Evolución de las tasas de paro y actividad por grupos de edad. 1988-1991

	De 16 a 19 años	De 20 a 24 años	De 25 a 29 años
Tasa de paro			
1988	43,1	35,7	24,0
1989	36,9	32,4	22,4
1990	35,0	30,5	21,1
1991	34,9	30,7	22,9
Tasa de actividad			
1988	35,1	68,4	76,7
1991	29,4	65,7	78,1

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

Los resultados del IJE-1992 contribuyen a generar la sensación de mejora, al invertirse la proporción entre estudiantes (que pasa del 32% al 42%) y trabajadores (del 46% al 28%). También es cierto que los que estudian y trabajan aumentan del 4% al 12%, lo que contribuye aún más a esta sensación de mejora en el año del V Centenario, las Olimpiadas y la Expo Universal.

Como consecuencia, el análisis³⁷ se contagia de esta visión positiva. Se reconoce que ha llegado un período de bonanza en el empleo que, combinado con el crecimiento de las tasas de escolarización, parece presagiar la inmediata posibilidad de alcanzar los objetivos de la “gran esperanza” de la transición democrática. Pero, a la vez, el análisis mantiene un tono negativo, resaltando que aún estamos muy lejos de alcanzar las tasas de desempleo de la mayoría de los países europeos y, además, no hemos conseguido afrontar el reto de la emancipación tardía, que ha crecido a lo largo del período.

El período 1992-1995 y el *Informe Juventud en España 1996*

Tras la euforia de los eventos de 1992, la siguiente etapa mostrará un importante retroceso (tabla 8). Se produce un aumento del desempleo juvenil, que correrá parejo al incremento del paro global: comenzará con el 20% en 1992 y ascenderá hasta el 23,9% en 1994, aunque a partir de 1995 bajará para situarse en el 22,8%, abriendo un período ininterrumpido de descenso hasta 2007. La tasa de activos seguirá disminuyendo hasta los 24 años (seguimos aún en la etapa de la expansión educativa). Como consecuencia, aunque las tasas de paro se mantendrán en un espectacular 50,3% en 1995 para el grupo de edad de 16-19 años, el número de parados sobre la población de estas edades será del 12%.

³⁷ Gutiérrez, R. (1993): “Los jóvenes y el empleo”, en Navarro, M. y Mateo, M. J. (dirs.): *Informe Juventud en España 1992*. Injuve.

Tabla 8 – Evolución de las tasas de paro y actividad por grupos de edad. 1992-1995

	De 16 a 19 años	De 20 a 24 años	De 25 a 29 años
Tasa de paro			
1992	42,6	36,2	26,7
1993	52,4	42,0	31,4
1994	53,3	41,7	31,1
1995	50,3	40,1	30,5
Tasa de actividad			
1992	29,0	63,7	78,6
1995	23,9	60,9	80,4

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

El IJE-1996 reflejará esta misma evolución (tabla 5), aunque para comentar los resultados sobre el empleo juvenil que aparecen en el informe³⁸ se utiliza casi de forma exclusiva la EPA de estos mismos años, con la que se analizan de forma meramente numérica los flujos entre edades y diversas situaciones que se supone que dan lugar a trayectorias laborales que permiten alcanzar el objetivo de un trabajo fijo y estable en el grupo de edad de 25-29 años.

La mayor parte de los comentarios de los autores se refieren al “cambio cultural” que se está produciendo en España como consecuencia del impacto del paro y las consiguientes dificultades para la emancipación, que relacionan con factores como la disminución de la fecundidad. Por su parte, la persistencia de cifras elevadas de paro y el retraso para alcanzar un trabajo fijo y estable desdibuja la identidad juvenil por el exceso y el alargamiento de la dependencia familiar. En el IJE-1996 se menciona por primera vez el fenómeno del ocio nocturno de fin de semana, interpretando que representa un mecanismo compensador frente a la prolongación de situaciones de subempleo y dependencia familiar. El ocio callejero de fin de semana tendría mucho que ver con el hecho de no disponer de una vivienda propia donde desarrollar las actividades vitales que se expresaban en el “botellón” y que la estabilidad laboral más temprana podría haber proporcionado, evitándose así los riesgos de ese tipo de ocio nocturno.

El período 1996-1999 y el *Informe Juventud en España 2000*

Entre 1996 y 1999, el paro juvenil alcanza un nivel alto, sólo comparable al de 1984, pero desde 1997 comienza a disminuir, al tiempo que la proporción de activos aumenta en casi todas las edades (tabla 9). Es la fase en la que comienza el abandono escolar prematuro ante las expec-

³⁸ Martín Serrano, M. y Velarde, O. (1996): *Informe Juventud en España 1996*. Injuve.

Tabla 9 – Evolución de las tasas de paro y actividad por grupos de edad. 1996-1999

	De 16 a 19 años	De 20 a 24 años	De 25 a 29 años
Tasa de paro			
1996	52,1	38,0	28,1
1997	49,8	34,6	25,4
1998	43,4	31,2	23,6
1999	37,8	25,7	19,1
Tasa de actividad			
1996	24,6	59,7	81,2
1999	25,8	60,8	82,7

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

tativas laborales. Pero las cifras permiten formular una pregunta, cuya respuesta dejaremos para más adelante: ¿cómo es posible que se produzca un abandono escolar tan masivo para incorporarse al mercado de trabajo cuando las cifras de paro juvenil son muy elevadas y las primeras de Europa, a una gran distancia, sin que en otros países europeos se produzca este fenómeno?

Hay que señalar también que en esta etapa el grupo de edad de 25-29 años alcanza la cifra de actividad media para el conjunto de la Unión Europea, que se estabilizó en el 82% hacia 1990 y se mantiene así desde entonces. En cambio, en España –y como se verá después–, el 82% europeo no fue una barrera y ha seguido ascendiendo hasta el 87,1% del cuarto trimestre de 2012, lo que constituye un caso excepcional en el conjunto de la UE.

El IJE-2000 (tabla 5) refleja, en comparación con el IJE-1996, estas mismas tendencias: aumenta de forma considerable el porcentaje de trabajadores, se mantiene la cifra de los que trabajan y estudian, disminuyendo la proporción de los que sólo son estudiantes.

El análisis sobre la cuestión del paro juvenil³⁹ se centra de nuevo en las consecuencias existenciales del mismo, atribuyéndole el papel de la variable más relevante para explicar los estilos de vida de las personas jóvenes en España. Esta afirmación se sostiene en la idea de “ruptura del pacto social”, una noción muy popular entre los sociólogos de aquel período, que utilizaban la tasa de paro juvenil para resaltar que se había roto el vínculo entre trabajo y autonomía económica de las personas jóvenes, lo que impedía o retrasaba la reproducción social. Como consecuencia, las personas jóvenes adoptaban el rol de los antiguos solterones, que seguían viviendo con su familia, aunque, a diferencia de aquéllos, mantenían una vida sexual y de ocio de fin de semana que compensaba su “fracaso sistémico”.

³⁹ Martín Serrano, M. y Velarde, O. (2001): *Informe Juventud en España 2000*. Injuve.

El período 2000-2003 y el *Informe Juventud en España 2004*

La versión socialmente catastrofista de los IJE de 1996 y 2000 se quiebra con la evolución del desempleo juvenil en el siguiente período. Si bien vuelve a disminuir la proporción de activos de 16-19 años hasta situarse en 2003 en la cifra de 1996, sigue aumentado para los otros dos grupos de edad. Pero, a la vez, desciende el paro, aunque muy lentamente, en todos los grupos de edad juveniles (tabla 10).

Las cifras del IJE-2004 reiteran las mismas tendencias, aunque el dato del paro apenas se mueve (tabla 5). Por su parte, el análisis⁴⁰ retoma algunos elementos del IJE-1988, al centrarse en la cuestión de las trayectorias y los primeros empleos, incluida una perspectiva de género. Las personas jóvenes no alcanzan la autonomía económica y consolidan su emancipación de una forma repentina, con hechos y acontecimientos precisos. Se trata siempre de una etapa vital compleja, con rupturas y retrocesos, muy diferente para mujeres y hombres, que convierten la transición hacia la vida adulta en un largo proceso que requiere estrategias muy flexibles.

Un tipo de estrategias que resultan muy disfuncionales en un entorno familiar, social, económico y empresarial muy rígido, que se sostiene sobre un marco cultural propio de España, y en menor medida de otros países del Mediterráneo. Así, las personas jóvenes viven, respecto al empleo, en la permanente paradoja de las exigencias familiares, los objetivos sociales y sus propias actitudes y expectativas, que deben afrontar una realidad laboral y empresarial (que incluye la economía sumergida) opuesta a la que aspiran. La idea del trabajo estable debe confrontarse con el relato social de que no hay empleo para todos (al tiempo que siguen llegando inmigrantes que obtienen rápidamente empleo, aunque en condiciones laborales inestables, con

Tabla 10 – Evolución de las tasas de paro y actividad por grupos de edad. 2000-2003

	De 16 a 19 años	De 20 a 24 años	De 25 a 29 años
Tasa de paro			
2000	33,8	23,3	17,0
2001	29,4	19,1	13,3
2002	31,5	21,1	14,8
2003	31,8	20,8	14,1
Tasa de actividad			
2000	26,0	62,1	82,8
2003	24,9	63,3	84,9

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

⁴⁰ Cachón, L. (2005): "Economía y empleo: procesos de transición", en Aguinaga, J. et al.: *Informe Juventud en España 2004*. Injuve.

sueldos bajos y, en muchos casos, en condiciones de ilegalidad). En este contexto, resulta casi imposible diseñar una estrategia para alcanzar el objetivo social de “un buen trabajo”, aunque, tras algunos años de éxitos, fracasos y retrocesos, la mayor parte de los nativos españoles parece que lo logra, pero no hasta que cumplen treinta y tantos años.

El período 2004-2007 y el *Informe Juventud en España 2008*

Esta etapa presenta las tasas de paro juvenil más bajas de todo el período democrático (hay que remontarse a 1976 para obtener mejores resultados), al tiempo que sigue aumentando la proporción de población activa en todas las edades (tabla 11). Se trata de un proceso global de evolución del empleo en España, ya que la tasa global de paro en el tercer trimestre de 2007 es la más baja de toda la etapa democrática (8%); sólo se puede encontrar una cifra similar en 1978. Visto en perspectiva, el período puede parecer la confirmación final de la gran esperanza de futuro en una “nueva generación”, tal y como se planteó en la transición. Únicamente aparece un nubarrón: el capital humano joven resulta, en términos de escolarización y formación, un tanto deficiente.

Los resultados del IJE-2008⁴¹, sin embargo, son menos optimistas (tabla 5). No hay más personas jóvenes trabajando, pero tampoco estudiando, aunque los que estudian y trabajan alcanzan el número más alto de toda la serie hasta ese momento. Pero lo más sorprendente es que las personas paradas no sólo no han disminuido, sino que han aumentado.

El análisis de los resultados debe afrontar esta extraña situación y lo hace visualizando la transición entre el sistema educativo y el empleo desde una perspectiva europea⁴². Es difícil entender lo que pasa en España, por lo

Tabla 11 – Evolución de las tasas de paro y actividad por grupos de edad. 2004-2007

	De 16 a 19 años	De 20 a 24 años	De 25 a 29 años
Tasa de paro			
2004	29,1	19,5	12,2
2005	27,7	16,2	10,8
2006	31,1	14,2	9,8
2007	31,3	15,3	10,0
Tasa de actividad			
2004	25,3	63,9	85,3
2007	28,2	66,9	86,0

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

⁴¹ AA.VV. (2008): *Informe Juventud en España 2008*. Injuve.

⁴² Moreno, A. (2008): “Economía, empleo y consumo”, en *Informe Juventud en España 2008*. Injuve.

que se hace un loable esfuerzo para relacionar el crecimiento del empleo con el aumento de la precariedad laboral y la dependencia familiar, describiendo a las personas jóvenes como la “generación de las prácticas”. La lógica de la “práctica” se inscribe en el contexto que estamos describiendo: la etapa de la estabilización educativa y de las tasas de escolarización, el aumento del abandono escolar temprano y el incremento de la actividad y la ocupación. Se observa, además, que si bien las cifras de desempleo juvenil se aproximan, por primera vez en la etapa democrática, a los datos previos a la transición política, los analistas y la sociedad coinciden en que la situación nunca había sido tan mala.

El período 2008-2012 y el *Informe Juventud en España 2012*

Esta etapa, que cubre un año más para alcanzar la actualidad, se corresponde exactamente con la crisis y la posterior recesión, lo que provoca un vuelco radical en los datos. Así, las tasas de actividad del grupo de edad de 16-19 años, que siempre estaban por encima de la media europea por el fenómeno español del abandono escolar prematuro, descienden y se colocan en la media europea en el cuarto trimestre de 2011 (en torno al 20%). En los últimos tres años caen a tal velocidad que llegan a liderar la UE, con sólo un 15,1% de activos en el cuarto trimestre de 2012 (tabla 12). Esto explica la masiva vuelta a la escuela de chicos y chicas que en el pasado la abandonaron. Pero, como las cifras se refieren sólo en parte a las edades obligatorias, parece plausible imaginar –aún no hay datos directos sobre este fenómeno– que el curso escolar 2012/13 se caracterizará por un nivel de éxito sin precedentes en lo relativo al número de alumnos adultos en enseñanzas obligatorias.

En el otro extremo, en el grupo de 25-29 años continúa ascendiendo la proporción de activos, que ya se sitúa muy por encima de la media europea, quizás como consecuencia de nuestra “modernidad”, en al menos

Tabla 12 – Evolución de las tasas de paro y actividad por grupos de edad. 2008-2012

	De 16 a 19 años	De 20 a 24 años	De 25 a 29 años
Tasa de paro			
2008	45,8	24,8	16,9
2009	57,6	35,0	23,8
2010	63,8	38,4	25,9
2011	69,4	44,5	28,0
2012	74,0	51,7	34,4
Tasa de actividad			
2008	26,6	68,3	86,9
2012	15,1	59,9	87,1

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

dos aspectos. De una parte, una mayor igualdad de género, pues en España hay muy pocas mujeres “inactivas” que se dediquen a “sus labores” o a la “maternidad excluyente” y todas tratan de ser “activas laborales”. Y, de otra, el progresivo incremento de las tasas de integración laboral de las personas con discapacidad.

La tasa de actividad del grupo de 20-24 años era ligeramente superior a la media europea, que se igualó a finales de 2011 (en torno al 62%) y ha seguido una notable tendencia a la baja en todo el año 2012. Esto se puede atribuir a la prolongación de los estudios superiores con el sistema de grados y másteres, en un contexto de crecientes tasas de paro para este grupo de edad.

A la vez, el desempleo juvenil se dispara hasta cifras desconocidas en nuestro país. Sin embargo, la disminución de la población activa entre los menores de 24 años produce un efecto muy paradójico: el paro juvenil es por primera vez en nuestra historia muy inferior al paro adulto en relación con la población total de cada grupo. De hecho, los parados entre 16-19 años son sólo un 11,2% de la población de estas edades. Los parados entre 20-24 años representan un 31% de la población de estas edades, cifra parecida a la de los desempleados de 25 a 29 años, porcentajes que muestran continuas, pero ligeras, tendencias a la baja según aumenta la edad.

Si se analizan los términos absolutos, la constatación es aún más evidente: en 2006, con la tasa de paro juvenil de 16 a 24 años más baja de nuestra historia, el paro anual medio registrado por los servicios estatales de empleo era de 255.600, y en 2012 era de 475.500. Creció un 86%. Pero, además, en 2006, el número total de parados registrados apenas superaba los dos millones (2.039.400); en 2012 se ha más que duplicado (4.720.400), con un incremento del 131,5%. En 2006, el paro juvenil (16-24 años) representaba el 12,5% del total del paro registrado y en 2012 suponía el 10,1%.

Al final, resulta que, de una forma paradójica, pero poco conocida, la crisis ha dado la vuelta a una situación endémica que la democracia española no acaba de resolver, las altas tasas diferenciales de paro juvenil. Los jóvenes representaban el 55% del total de los parados a principios de los años ochenta, pero con la actual crisis se han convertido en un grupo mucho más residual en el conjunto de los parados y tienen un peso muy inferior al de su peso demográfico total.

Entonces, ¿por qué la sociedad española imagina que “el problema del paro” es esencialmente un problema de paro juvenil? En primer lugar, haciendo una lectura parcial de los resultados de la EPA al afirmar que más del 60% de las personas menores de 24 años están parados, cuando en realidad esta tasa se refiere a los activos menores de 24 años, que cada vez son menos. La proporción de parados entre los menores de 24 años era, en el

último trimestre de 2012 de un 22,6%, es decir una cifra inferior a la de cualquier otra edad⁴³.

En segundo lugar, da la impresión de que a las instituciones y a la sociedad española les tranquiliza el hecho de que el paro sea un problema de personas jóvenes, y no tanto una cuestión que atañe a madres y padres con responsabilidades familiares. De hecho, el elevado paro juvenil en España a lo largo de los treinta últimos años siempre ha sido minusvalorado como un problema menor, al que se dedicaba mucha retórica y muy poca actuación. Afirmar, como se hace, que las actuales tasas de paro son un “problema de los jóvenes” permite acentuar la dramatización de los hechos, pero, a la vez, tranquiliza las conciencias. ¿Qué ocurrirá en la sociedad española cuando inevitablemente se desvelen las dimensiones y las características reales de los actuales seis millones de parados? Pues algo imprevisible y seguramente poco favorable para las personas jóvenes.

Esto no quiere decir que los jóvenes no tengan un problema con el empleo, pero es un problema que ya han vivido otras cohortes generacionales en otros momentos (por ejemplo, entre 1981 y 1987 y entre 1993 y 1997). Lo que ha cambiado ahora es que sus padres también tienen este problema y, por tanto, ya no pueden intercambiar recursos por dependencia. Esto significa que a partir de ahora las personas jóvenes “tendrán que buscarse la vida” por sí solos, con poco apoyo, sin instrucciones, pero, eso sí, siendo mucho más autónomos que en otras épocas. Un cambio radical para nuestra cultura social y familiar y algo que seguramente genera más malestar que cualquier otra cosa.

En cuanto al IJE-2012⁴⁴, se observan las mismas tendencias (tabla 5). El paro no aumenta, crecen las tasas de paro, porque disminuyen los activos a consecuencia de la notable subida de los que estudian, aunque es aún más notable la de los que estudian y trabajan. Esto confirma que la crisis y el alejamiento de la esperanza en el “gran futuro” está teniendo efectos muy beneficiosos sobre el nivel de escolarización (y seguramente sobre los resultados escolares) de las personas jóvenes en España.

De hecho, se trata de un proceso muy coherente en el propio análisis de quiénes son las personas jóvenes paradas (y las que tienen empleo). La

⁴³ Se trata de un dato incontestable que aparece en la propia EPA y que genera siempre la respuesta mediática de que “esto ocurre porque hay menos activos porque las personas jóvenes prolongan de forma artificial sus estudios”. Un argumento que parece incontestable si no fuera porque aún no hemos recuperado el nivel de escolarización al que nos obligan los acuerdos europeos y que perdimos en la etapa de estabilización educativa entre 1997 y 2008. Por tanto, las personas jóvenes en España incluso prolongan un poco sus estudios en relación con la media europea y deberían hacerlo más si queremos competir con otros países y superar la actual situación.

⁴⁴ Moreno, A. y Rodríguez San Julián, E. (2013): *Informe Juventud en España 2012*. Injuve.

variable clave es el nivel educativo, tan importante que rompe las barreras familiares, de clase social e incluso de género⁴⁵. Así, aunque la actual crisis está produciendo importantes cambios en la tasa de paro por sexo, ya que la tasa de las mujeres en 2005 era un 72% superior a la de los hombres y en 2012 apenas supone un 2,6%, en gran medida porque la tasa de paro de las mujeres jóvenes era incluso ligeramente inferior a la de los hombres de su misma edad. ¿Cuál es la razón? No abandonaron la escuela tras los sueldos fáciles de la “burbuja inmobiliaria” y la economía sumergida. Un resultado que cierra de forma muy precisa el relato sobre el paro juvenil en el período democrático.

3.3 Una interpretación global

La presentación de la evolución del paro juvenil en España durante la etapa de la democracia muestra un perfil atípico, paradójico y poco acorde con los estereotipos del imaginario social. Emerge de modo repentino e inexplicable con la propia democracia, conformando el componente particular más relevante del paro global en España, y va reduciendo su importancia de forma progresiva, a la par que la tasa de escolarización se normaliza y se aproxima a la media europea, aunque esto no ocurre hasta la última etapa, coincidiendo con la crisis y la recesión económica. En este momento, el paro juvenil pasa a ocupar un lugar marginal, pero al mismo tiempo adquiere una gravedad excepcional para la opinión pública.

El paro juvenil adquirió un protagonismo tan excepcional porque excepcionales fueron los niveles de paro juveniles de los primeros años de la democracia, en los cuales todo mejoró salvo este fenómeno, que adquirió tintes muy dramáticos. Pero, de manera progresiva, al tiempo que, en términos proporcionales y según los datos empíricos, los niveles diferenciales de paro juvenil iban perdiendo relevancia, la fue adquiriendo como elemento funcional del discurso social sobre la juventud, ya que la amenaza del paro facilitaba la lógica cultural de la creciente dependencia familiar y el relato que ha caracterizado nociones como “generación predeterminada” e “hijos tesoro”. De hecho, la caída de la natalidad, la protección y la dependencia familiar de las personas jóvenes y el paro juvenil conforman un bucle en el que la necesidad de “dos empleos” justifica la planificación familiar y el escaso número de hijos explica su exagerada protección. Por este motivo, el desempleo juvenil pasó a percibirse como una amenaza absoluta y extraordinaria, porque rompía el equilibrio de bucle lógico.

Que las personas jóvenes tuvieran dificultades con el empleo, en particular con el objetivo de un trabajo estable y “para toda la vida”, que además garantizara la permanencia o el acceso a una hipotética clase media,

⁴⁵ Moreno, A. (2013): “Economía, formación, empleo y consumo en tiempos de crisis”, en *Informe Juventud en España 2012*. Injuve.

facilitaba el discurso de la emancipación tardía y la dependencia familiar. Por otra parte, el hecho de que la generación de la irrupción del fenómeno del paro juvenil masivo se sitúe en la actualidad entre los 46 y 60 años y que haya gozado, tras este comienzo azaroso y al menos hasta ahora, de una notable estabilidad laboral y de unos ingresos muy superiores a los de sus padres, confirmó que el desempleo juvenil se producía sólo en “una fase” de los itinerarios juveniles, y que además permitía formular las estrategias de dependencia familiar más tradicionales.

Pero no sólo era esto. Como se ha comprobado, el IJE-1988 –y en menor medida el IJE-2004– mostró que se producía una evidente disonancia entre el paro juvenil masivo y el hecho de trabajar o no trabajar. Esta discordancia se explicaba por la creciente irrupción de una economía sumergida en la que las personas jóvenes (mujeres y hombres) ocupaban un lugar privilegiado.

Esto fue posible conocerlo gracias a la *Encuesta de Condiciones de Vida y Trabajo* (ECVT) de 1985 que se utilizó en el IJE-1988 y que abrió una puerta interpretativa que nadie más ha cruzado, en gran medida porque aquel trabajo del INE fue excepcional y único. De hecho, dicha encuesta se segregó con posterioridad en dos diferentes: la *Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo*, que desde 1987 realiza el Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo, más o menos cada tres años, cuyo séptimo volumen se publicó en 2012. La segunda es la que lleva a cabo con carácter anual el INE, y que entre 1994 y 2001 se llamó *Panel de Hogares*, para denominarse a partir de ese año *Encuesta de Condiciones de Vida*. La ECVT-1985 es única porque ninguna de las dos encuestas en las que se ha dividido incluye preguntas sobre el tipo de empleo, que permitió a José Luis Zárraga proponer una reveladora interpretación en torno a la relación entre el paro juvenil emergente en los años ochenta y la economía sumergida⁴⁶.

Conviene recordar y tener en cuenta que la ECVT-1985 también indujo a serias dudas sobre la calidad de la EPA, que se reflejaron en un artículo histórico en la estadística española⁴⁷. Al comparar los resultados de ambas encuestas, concluía que la EPA sobrevaloraba los niveles de paro, porque no contabilizaba de forma adecuada los “activos marginales” e incluía categorías como “ayuda familiar no estable”, “trabajos de fin de semana”, “trabajo ocasional” y “trabajo estacional”, que en la EPA sumaban apenas 100.000

⁴⁶ Un excelente análisis sobre la evolución de la economía sumergida en España durante el período democrático puede verse en Arrazola, M., Hevia, J., Maulen, I. y Stachel, R. (2012): *La economía sumergida en España*. Madrid: FUNCAS. En 1988, la economía sumergida suponía en España 1.500.000 empleos. En el período 2001-2007 ascendió a más de 4.000.000, para descender en picado con la crisis hasta los 2.500.000 en 2012. En todo caso, es fácil que los empleos para personas jóvenes se oculten tras estas cifras.

⁴⁷ Muro, J., Raymond, J. L., Toharia, L. y Uriel, E. (1989): “La Encuesta de Población Activa y la Encuesta de Condiciones de Vida y Trabajo”, en *Estadística Española*, vol. 30, n. 119.

personas, mientras que en la ECVT superaban ampliamente las 600.000. En dicho artículo no se realizaba una distribución de estos casos por edad –como había hecho Zárraga– mostrando que una mayoría eran personas jóvenes, pero evidenciaba la poca fiabilidad del paro (y específicamente del juvenil) tal y como aparecía en la EPA.

A lo largo de más de una década, las dudas sobre la fiabilidad de la EPA que surgió de la ECVT-1985 produjeron encendidos debates, porque es una de las operaciones estadísticas de mayor coste, la más utilizada y la que tiene una mayor incidencia política. Finalmente, en 2001 se modificó la metodología y el número de parados se redujo en 500.000. Pero, como se ha visto en la tabla 11, la disminución del número de parados en el grupo de 16-24 años fue en aquel momento mínima, por no decir nula. En 2005 se realizó otro cambio metodológico, en este caso para adaptarse a las normas de Eurostat y en esta ocasión las repercusiones sobre el número total de personas paradas fueron menores (77.000).

La reducción del número de parados en medio millón en 2002 vino a coincidir con las diferencias detectadas entre los resultados de la EPA de 1985 y los resultados de la ECVT del mismo año, por lo que el debate se calmó. En la práctica, el nuevo resultado se logró cambiando la definición de empleo y permitiendo que fueran considerados como ocupados todos los trabajadores a tiempo parcial, incluso aquellos que tenían contratos a tiempo tan reducido como una hora a la semana.

En realidad, creemos que ésta no era la reforma que necesitaba la EPA y que el cambio metodológico de 2001 fue un mero intento de acallar las dudas en torno a la excesiva dimensión del número de parados que había ocasionado la ECVT. Este cambio metodológico aumentó el número de ocupados adultos (hasta quizás sobrevalorarlos), pero no modificó la cifra de parados jóvenes, que era la que estaba infravalorada. En realidad, el problema de la EPA no es de diseño, no es de definición, no es de cuestionario, no es de muestra ni de ninguna otra cuestión estadística, que son tratadas de forma excelente. El problema se sitúa en dos aspectos muy concretos del trabajo de campo: en la forma de contactar con los hogares que se van a entrevistar y en el procedimiento de aceptación por parte de los mismos. Un procedimiento que supone un “consentimiento informado” con un organismo público, al que, además, se habrá de dar cuenta de forma exhaustiva durante seis trimestres seguidos (la EPA es un panel con un índice de rotación de 1/6 de los entrevistados cada trimestre), por lo que adquiere un tono de formalidad (y de temor a facilitar “datos sensibles” sobre empleo e ingresos atípicos a la Administración Pública) que para nada tiene la simple demanda de “contestar a una encuesta”, como fue la ECVT-1985 y la serie de los IJE. De ahí el interés mostrado por muchos analistas por un estudio de las no-respuestas a la EPA.

Sin duda, al español medio, los documentos que facilita la EPA, las amplias explicaciones que la acompañan y la responsabilidad adquirida, que además se extiende durante un año y medio, le parecen sospechosas y tal vez muchos no facilitan (a pesar de las garantías de confidencialidad que se le ofrezcan) los datos sobre actividades que pueden suponer información fiscal o para la Seguridad Social. Es decir, se escamotean al menos una parte de aquellos trabajos que se realizan en la economía sumergida. Al mismo tiempo, se puede suponer (en el contexto del modelo cultural de la dependencia familiar, la “generación premeditada” y los “hijos tesoro”) que este ocultamiento de los trabajos que realizan hijas e hijos no genera demasiados problemas éticos a los entrevistados, en gran medida porque ni tan siquiera es “trabajo sumergido”, sino “una experiencia que les permite ganarse un dinerillo” mientras llega el “verdadero trabajo”.

Pero, ¿qué hacen las personas jóvenes para que no se considere trabajo sino una experiencia práctica? Empíricamente no se sabe muy bien, porque –lo que constituye por sí mismo un dato muy relevante– no existen estudios sobre esta cuestión. A su vez, esto contrasta con los numerosos análisis sobre economía sumergida que se centran en colectivos adultos, en especial mujeres, y que desde una perspectiva de género vinculan, muy acertadamente, este desempeño con la desigualdad y la discriminación. Como consecuencia, las personas jóvenes son más invisibles que las adultas que también trabajan en la economía sumergida, porque las jóvenes “no son trabajadoras”, sino que están “en un itinerario hacia la inserción laboral”. El hecho de que muchos colectivos de mujeres vinculados a la economía sumergida hayan comenzado a trabajar en la misma siendo jóvenes, incluso menores, no suele ser considerado en muchos estudios de género, quizá porque la edad es “una variable diferente”.

Por tanto, no se sabe muy bien dónde se desarrollan estas “prácticas”, pero de una manera orientativa se puede señalar la “ayuda familiar”, por ejemplo, en la agricultura y en el pequeño comercio, en la hostelería, en los trabajos relacionados con el ocio de fin de semana, con el cuidado de niños en guarderías informales o en los servicios a las familias (en los centros comerciales), de informadores, en eventos sociales con tareas que van desde “adjuntos de seguridad” hasta montadores de estructuras, pasando por vendedores, clases particulares, repartidores de mercancías o de publicidad, incluso, cuando se tiene una titulación adecuada, en sustituciones profesionales informales. Todos estos trabajos han aparecido de forma reiterada en las encuestas del uso del tiempo, en particular en los fines de semana y en las horas nocturnas⁴⁸. ¿Son éstas las 500.000 personas jóvenes que aparecen

⁴⁸ Aguinaga, J. y Comas, D. (1997): *Cambios de hábitos en el uso del tiempo: Trayectorias temporales de los jóvenes españoles*. Injuve; Comas, D., Aguinaga, J., Orizo, A., Espinosa, Á. y Ochaíta, E. (2003): *Jóvenes y estilos de vida*. Madrid: FAD/Injuve.

como “no ocupados” en la EPA, a pesar de cumplir el criterio de ocupación de la misma? Posiblemente.

3.4 ¿En qué sectores comienzan a trabajar?

La EPA clasifica los empleos según la Clasificación Nacional de Actividades Económicas (CNAE-2009), que se agrupan en 21 ramas de actividad. Se han elegido los siete primeros sectores por su peso porcentual en el empleo de los tres grupos de edad juvenil y para la media de 2012. La suma porcentual sobre el total del empleo de cada grupo de edad indica la fuerte presencia de este tipo de trabajos entre las personas jóvenes, conformando la imagen, en un momento de grave crisis económica, de los principales yacimientos de empleo.

La tabla 13 muestra que las mujeres jóvenes trabajan de manera muy destacada en el sector del comercio –la mayoría en el pequeño comercio–, seguido de la hostelería, aunque a partir de los 25 años este segundo lugar lo ocupan los servicios sociales y de salud, para los que se requieren títulos superiores. Destacan las 73.700 mujeres de 16 a 29 años dedicadas a las ac-

Tabla 13 – Mujeres ocupadas por rama de actividad y grupo de edad. 2012

	De 16 a 19 años	De 20 a 24 años	De 25 a 29 años
Primera	Comercio al por mayor y al por menor; reparación de vehículos de motor y motocicletas	Comercio al por mayor y al por menor; reparación de vehículos de motor y motocicletas	Comercio al por mayor y al por menor; reparación de vehículos de motor y motocicletas
Segunda	Hostelería	Hostelería	Actividades sanitarias y de servicios sociales
Tercera	Otros servicios	Actividades sanitarias y de servicios sociales	Hostelería
Cuarta	Actividades de los hogares como empleadores de personal doméstico y como productores de bienes y servicios para uso propio	Educación	Educación
Quinta	Educación	Otros servicios	Actividades de los hogares como empleadores de personal doméstico y como productores de bienes y servicios para uso propio
Sexta	Agricultura, ganadería, silvicultura y pesca	Actividades de los hogares como empleadores de personal doméstico y como productores de bienes y servicios para uso propio	Industria manufacturera
Séptima	Actividades sanitarias y de servicios sociales	Industria manufacturera	Actividades profesionales, científicas y técnicas
Total	84,1	77,6	74,9

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

Tabla 14 – Hombres ocupados por rama de actividad y grupo de edad. 2012

	De 16 a 19 años	De 20 a 24 años	De 25 a 29 años
Primera	Comercio al por mayor y al por menor; reparación de vehículos de motor y motocicletas	Comercio al por mayor y al por menor; reparación de vehículos de motor y motocicletas	Comercio al por mayor y al por menor; reparación de vehículos de motor y motocicletas
Segunda	Hostelería	Industria manufacturera	Industria manufacturera
Tercera	Agricultura, ganadería, silvicultura y pesca	Hostelería	Construcción
Cuarta	Industria manufacturera	Construcción	Hostelería
Quinta	Actividades artísticas, recreativas y de entretenimiento	Agricultura, ganadería, silvicultura y pesca	Administración Pública y defensa; Seguridad social obligatoria
Sexta	Construcción	Administración Pública y defensa; Seguridad social obligatoria	Información y comunicaciones
Séptima	Actividades administrativas y servicios auxiliares	Actividades artísticas, recreativas y de entretenimiento	Actividades profesionales, científicas y técnicas
Total	86,1	76,2	71,1

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

tividades científicas y técnicas, lo que implica un potente grupo de mujeres altamente cualificadas.

En el caso de los hombres (tabla 14), se repite la opción del comercio –y de nuevo es el comercio minorista–, pero el segundo lugar está ocupado por la industria manufacturera. La hostelería y la construcción (la agricultura en los menores de 19 años) ocuparían el tercer lugar; después aparecen el ejército y los cuerpos y fuerzas de seguridad y, de manera más residual, el ocio y las TIC. Los científicos y técnicos ocuparían el octavo lugar, con 59.800 empleos.

A modo de conclusión, se puede decir que en el sector del comercio trabajan 246.400 hombres y 293.200 mujeres, lo que significa el 21% del total de los empleos juveniles. A la vez, 79.200 chicos jóvenes trabajan en la agricultura (un 6,1% de todos los jóvenes ocupados, cuando en la agricultura trabajan el 5,9% de todos los hombres ocupados); también lo hacen 23.400 mujeres (apenas el 1,9% de las mujeres jóvenes). Dos realidades que indican que la crisis no se está resolviendo con la innovación, sino más bien con una vuelta a los empleos más tradicionales y más alejados de los criterios internacionales de competitividad y desarrollo.

4. ¿En qué consiste emanciparse?

De forma tradicional, en todos los estudios de juventud en España, por emanciparse se ha interpretado conseguir un trabajo estable que ga-

rantizara la autonomía económica, una vivienda propia (aunque en algunas ocasiones vale el alquiler) y en muchos casos tener, al menos previsto, un proyecto sostenible de familia. Se trata de condiciones muy exigentes, que se retroalimentaban entre sí y que producían una “emancipación tardía”, cuya moda estadística se ha ido situando por encima de los treinta años.

En cambio, en la mayoría de los países europeos, la emancipación era mucho más temprana. Así, por ejemplo, la moda en Francia se situaba por debajo de los 24 años y en algunos países del norte de Europa, como Finlandia, la media estaba en los 21 años, aunque en estos casos la variable que determinaba la emancipación se refería sólo a “vivir por su cuenta”, considerando que existía autonomía económica cuando la persona joven vivía de una combinación, bastante estándar, que se repetía en diversos países, de ingresos propios, prestaciones públicas y ayuda familiar. Por supuesto, la idea de la emancipación asociada a piso propio y proyecto de familia es casi exclusiva de España.

Como consecuencia, en Europa existen dos modelos causales muy diferentes del concepto de emancipación. De una parte, lo que se podría identificar como el modelo español, cuyo itinerario se inicia con la acumulación financiera para llegar a la vivienda propia y la constitución de una familia. Y, de otra, el modelo nórdico y francés, que se inicia con la autonomía residencial para, desde las exigencias de este tipo de autonomía, ir tomando otras decisiones vitales, que de manera progresiva van conformando otros fragmentos de autonomía personal, es decir, se es autónomo para elegir y decidir en lo laboral, lo económico, lo afectivo-sexual, sin el control, aunque sea la mera mirada, familiar. En cambio, el modelo español sostiene que una persona joven sólo puede considerarse emancipada cuando, tras lograr la autonomía económica, la estabilidad laboral, el reconocimiento familiar e incluso otras exigencias más íntimas, se la considera legitimada para adquirir autonomía residencial y, a partir de la misma, pero sólo a partir de ella, da el paso de “fundar una familia”.

En este sentido, el concepto español de “carestía de la vivienda”, referido al proceso de emancipación de las personas jóvenes, resulta poco convincente, porque el acceso a la vivienda no depende en España ni de la oferta ni tan siquiera de su precio, sino de un conjunto de condiciones previas, en ocasiones difíciles o complejas. Se explica así el hecho de que éste sea el país de la UE con más viviendas disponibles por mil habitantes e incluso (sin descartar otros factores como los financieros) la lógica social de la “burbuja inmobiliaria”: la casa, la buena casa nueva y propia, es la coronación del deseo social colectivo que escenifica el logro y el compromiso social y familiar. La vivienda propia en España no es sólo un lugar para vivir, sino un símbolo de estatus, no tanto social, como de reconocimiento e identidad cultural. Una lógica social que quizá explique la expansión de la especulación inmobiliaria más allá de cualquier límite razonable.

En síntesis, el modelo español se sostiene sobre el itinerario que avanza a través de la autonomía financiera para alcanzar la vivienda propia, lo que supone una fuerte dependencia y control familiar. El modelo francés y nórdico se apoya sobre el itinerario que se inicia con la independencia personal y residencial que les capacita y les empodera para poder alcanzar después el resto de los objetivos. Obviamente, en la realidad concreta, ambos modelos se combinan en todos los países de la Unión Europea, pero la proporción es opuesta en Finlandia y en España, por citar los dos puntos extremos.

La mayor parte de los estudios de juventud en España no describen estos dos modelos, aunque tienen datos para hacerlo, sino que de manera endógena se limitan a medir las oscilaciones del modelo español para tratar de determinar su evolución. Como consecuencia, en las comparaciones europeas realizadas desde esta perspectiva, se establece que España es el país con una emancipación más tardía y se trata de explicar este hecho desde una perspectiva puramente española, donde el desempleo y la precarización laboral son la causa del retraso en la emancipación. Y aunque tienen muy en cuenta el factor de la emancipación residencial, no establecen ninguna relación en la influencia del orden de los factores, lo que les permite asumir y reforzar el paradigma social español: la culpa del retraso reside en la precariedad laboral (y el desempleo a partir de la crisis), la falta de autonomía económica y el precio de la vivienda⁴⁹. Unos pocos autores, en cambio, invierten el sentido de la flecha de causalidad y plantean que los países en los que se produce una cierta precocidad en la emancipación residencial (que coinciden con aquellos en los cuales las familias son menos protectoras y además mantienen una mayor tasa de fecundidad), las personas jóvenes se empoderan antes y quizá por ello tienen menos dificultades para acceder al mercado de trabajo y a la autonomía económica⁵⁰.

Como ya se ha explicado, este modelo español de emancipación se relaciona con un complejo cultural construido en la transición política e implantado en la etapa democrática, y que agrupa nociones como “generación premeditada”, “hijos tesoro” o “generación del gran futuro”. Se sustenta sobre una lógica y una tradición de muy largo recorrido, ya que la sociedad española se ha caracterizado siempre por una emancipación, un matrimonio

⁴⁹ Moreno, A. et al. (2011): *La transición de los jóvenes a la vida adulta: crisis económica y emancipación tardía*. Barcelona: Fundación La Caixa. En este caso se observa, además, que las personas jóvenes en España apenas reclaman el apoyo de los servicios sociales y no reivindican políticas de juventud. ¿Para qué van a hacerlo? Ya tienen el apoyo de la familia, siempre que acepten retrasar la emancipación residencial. Esto, según este mismo texto, explica el hecho de que si bien la crisis ha creado más “jóvenes dependientes” (estudiantes y parados), no supone un retraso en la edad de emancipación, sino incluso una cierta disminución.

⁵⁰ Gaviria, S. (2002): “Retener la juventud o invitarla a abandonar la casa familiar: análisis de España y Francia”, en *Revista de Estudios de Juventud*, n. 58; ídem (2007): *Familia y juventud en España y Francia*. CIS.

y también una fecundidad tardíos. Si se observa la serie de censos de población de España desde 1857, se puede constatar que los solteros duplicaban a los casados⁵¹. El primer censo que recoge la edad de matrimonio (el de 1900) descubre que la edad media (y la moda) de los hombres se aproximaba a los 30 años y la de las mujeres a los 25 años. El retraso y la diferencia de edad en los matrimonios (cuya media superaba los seis años) constituían en aquellas fechas un caso único en Europa (y quizá en el mundo), sólo comparable con Irlanda, aunque muy cercano a otros países del Mediterráneo. Quizás por ello los demógrafos han llamado a este tipo de nupcialidad (tardía) y de fecundidad (escasa) el “modelo mediterráneo”, del que España fue siempre su mejor representante.

En los siguientes censos de población se mantienen estas cifras con variaciones mínimas, aunque en 1970 se produjo una importante reducción de la edad, ya que la moda de los hombres se sitúa en los 27 años (la media a los 28 años) y la de las mujeres a los 23 (la media a los 24 años).

Esta reducción de las edades en el Censo de 1970 anuncia un cierto cambio en el modelo de la nupcialidad en España, que según el *Movimiento Natural de la Población* se produce entre 1975 y 1982, lapso que coincide con la transición democrática. Refleja un sorprendente (y hasta ahora inexplicable) adelanto de la nupcialidad hasta el punto de que la moda de las mujeres se sitúa en los 22 años y la de los hombres en los 24 años. Como puede verse, también se aproximan las edades de los cónyuges. A partir de 1982, las cifras van creciendo hasta la actual moda de 31 años para los hombres y 30 para las mujeres. Es decir, las parejas tienen edades muy próximas y son, incluso de forma mayoritaria, mayores de 30 años⁵².

La fecundidad –en particular la edad de la madre al tener el primer hijo– evoluciona de una manera muy similar. La media se sitúa por encima de los 26 años hasta los años setenta, baja entonces de los 25 y a partir de los años ochenta va retrasándose hasta superar en la actualidad los 30 años.

Si la emancipación se liga a pareja e hijos, vivienda propia y trabajo estable, y todos estos ítems se van retrasando, como consecuencia, la edad media de la emancipación también se posterga. Pero no sólo esto, porque parece muy razonable la hipótesis del modelo nórdico y francés que sostiene

⁵¹ Una cifra que concuerda con el resto de censos del siglo XIX, así como los de Floridablanca y Madoz en el siglo XVII.

⁵² Cualquier observador sabe que este retraso en la convivencia de las parejas se debe, en la mayor parte de los casos, a que “no se tiene aún piso”, pero que en realidad la pareja, incluso sin convivir, se ha formalizado mucho antes, con la categoría “novios”, aceptada y asumida como un tipo de “matrimonio incompleto” por parte la familia. Convive en vacaciones, viajes o cuando la familia está fuera por diversas circunstancias y deja la vivienda familiar a su disposición. En muchos casos, a pesar de no convivir, se constituye incluso una economía común.

que iniciar el itinerario por la emancipación residencial contribuye a que se adelanten el resto de las variables que definen el proceso de emancipación; es decir, trabajo estable, autonomía financiera, pareja, familia y, en general, todos aquellos aspectos de la vida en los que se avanza con mayor o menor rapidez, no sólo por las condiciones estructurales, sino por el grado de empoderamiento personal. La lógica cultural española es un “quiero, pero no puedo”, con graves consecuencias para la vida de las personas jóvenes y seguramente con una cierta influencia sobre la evolución del PIB.

De hecho, se puede pensar que la rigidez de las condiciones puede llegar a retrasar el propio hecho social; es decir, si la emancipación requiere una vivienda propia en vez de, por ejemplo, una vivienda alquilada o compartida (bien con amigos, bien con los propios padres) se produce una demora en la emancipación, porque hay un retraso en el logro del objetivo de la vivienda propia. Este retraso en el acceso a la vivienda propia puede influir en el logro de otras variables como, por ejemplo, rechazar trabajos que no tengan unas determinadas características o no desplazándose fuera del domicilio familiar. Lo que, a su vez, quizás tenga relación con la idea de pareja con la que planifica un futuro y cuyas condiciones de trabajo también tienen que ver con el proyecto de emancipación a la española.

Por supuesto, la crisis de 2008 y la posterior recesión no sólo complican esta opción, sino que para una mayoría de personas jóvenes la convierten en inviable en un contexto de paro, de empleos precarios y temporales y, sin duda, por la drástica reducción del crédito hipotecario. Como consecuencia, la noción de gran futuro generacional, entendida como “emancipación óptima”, se va diluyendo ante las acometidas de la realidad, abriéndose a una lógica que combina fases de transformación con nivel social de la familia.

En una primera fase, cuando aún se suponía que la crisis iba a ser coyuntural, se mantuvo la inercia familiar de la protección, pero de manera progresiva se fue diluyendo ante la imposibilidad de acometerla, primero entre las familias de más bajos ingresos y más tarde entre las de clase media. En ambos casos, el desempleo de los familiares adultos se convierte en un factor explicativo clave. La segunda fase, que quizá esté comenzando de forma masiva actualmente, se inicia cuando la protección-dependencia familiar ya es imposible, lo que conduce a la adopción de estrategias propias que, a modo de escenarios posibles, van desde el alargamiento de la convivencia familiar, con o sin emparejamiento (lo que significará recuperar en parte el modelo de la familia extensa), hasta la emigración, también con o sin pareja, de manera permanente o provisional. Entre ambas alternativas se sitúan opciones como el alquiler, compartido o no, con pareja o con amigos. En los dos últimos años ya están apareciendo opciones más pragmáticas, como piso propio (o cesión familiar e incluso alquiler con derecho a subarriendo) compartido con otras personas que pagan el alquiler para ayudar a

financiar la hipoteca del joven “propietario-propietaria” o incluso se utilizan como alternativa financiera a la falta de trabajo⁵³.

La evolución de la situación residencial de las personas jóvenes muestra cómo se van transformando las opciones residenciales (tabla 15). Obviamente, se trata de resultados muy condicionados por la composición por edades del colectivo juvenil, ya que hasta 1976 el grupo de edad de 16-19 años tenía más efectivos que los de 20-24 y 25-29, para pasar a partir de esta fecha a ser el de menor tamaño. Con posterioridad al año 2000, el grupo más numeroso es el de 25-29 años. Con este matiz, y teniendo en cuenta además que la situación residencial en el momento de la entrevista recoge la acumulación de tendencias de los cuatro años anteriores, resulta evidente la permanente caída de los porcentajes de emancipación residencial (la suma de los que tienen vivienda propia y los que viven en vivienda compartida), desde el 27,3% de 1984 (que ya representaba una severa reducción desde el 31% de 1975)⁵⁴ hasta el 22,1% del año 2000. A partir de 2004, la cifra comienza a aumentar, aunque esto ya es debido a la ampliación relativa de las cohortes de 25 a 29 años. A pesar de esto, la cifra se estabiliza entre 2008 y 2012, un período en el que aumenta el número de personas jóvenes que comparten vivienda, alcanzando en 2012 el 10,5% de la población juvenil.

Tales datos nos ponen en la pista de una paradoja que parece difícil de interpretar, ya que en plena crisis, y con una tasa de paro disparada, la imposibilidad casi absoluta de acceder al crédito hipotecario y un aumento de la tasa de escolarización en el grupo de edad de 20-24 años, se produce una mayor emancipación residencial. Pero la interpretación de este hecho no es difícil. Simplemente, la emancipación residencial ya no es el objetivo final y la confirmación de la emancipación, sino una parte del proceso, que nos permite entender que son muchas las personas jóvenes que han comenzado a tomar sus propias opciones, decisiones y responsabilidades antes y de una manera más decidida. Aunque sean una consecuencia de la quiebra del modelo clásico de emancipación: el trabajo estable que produce autonomía económica, lo que posibilita la autonomía residencial. Ahora, en cambio, y como ocurre en otros países europeos, la emancipación residencial es un mecanismo para facilitar el acceso al trabajo, mientras que la permanencia en el hogar familiar ya no es posible por razones económicas o porque el “modo de espera” ya carece de sentido.

⁵³ Un ejemplo de estrategia novedosa cuyo alcance desconocemos: la abuela intercambia su residencia con el nieto o nieta y se va a vivir con sus hijos (en general, hija). Por su parte, el nieto o nieta abandona la residencia de su familia de origen cediendo su habitación a la abuela, se va a vivir a la amplia casa de la abuela y alquila tres habitaciones a gente de su edad. Reparte el alquiler con la abuela (así ayuda de rebote a sus padres), al tiempo que financia sus estudios y adquiere autonomía personal.

⁵⁴ Conde, F. (1985): *Las relaciones personales y familiares de los jóvenes*. Injuve.

Tabla 15 – Evolución de los modelos residenciales de las personas jóvenes. En porcentaje. 1984-2012

	Con la familia de origen y otros familiares	En vivienda compartida con otras personas	En vivienda propia con o sin pareja (1)	Otras situaciones	Total
1984	72,0	1,8	25,5	0,7	100
1988	75,2	4,7	18,9	1,2	100
1992	76,0	5,1	17,8	1,1	100
1996	76,9	4,0	18,2	0,9	100
2000	77,0	4,1	18,0	0,9	100
2004	70,6	4,2	24,3	0,9	100
2008	63,9	7,9	26,3	1,9	100
2012	62,7	10,5	25,2	1,6	100

Nota: Datos reelaborados agrupando categorías y ponderando las respuestas “No sabe/No contesta”. (1) Acumula “en propiedad” y “alquilada”. Hasta 2008, cerca del 90% de esta categoría era en propiedad, se desconoce la cifra de 2012.

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro a partir de Injuve, *Informe Juventud en España*, varios años.

La quiebra radical del complejo cultural que enlazaba el modelo de emancipación, el estilo de relación familiar y las expectativas sociales –que hemos sintetizado bajo el paradigma de la “generación premeditada”, de los “hijos tesoro” y, en este texto, como la “expectativa del gran futuro”– implica una inevitable sustitución que sólo se puede empezar a entrever. Ya se han descrito cuatro factores básicos: el déficit demográfico, la transformación de las dinámicas escolares, el desempleo y la evolución del mercado de trabajo y, por último, la reorientación de las dinámicas residenciales.

En los próximos apartados vamos a tratar de describir otros fenómenos que permitirán una visión exploratoria del contexto al que se va a enfrentar una generación que ha sido socializada en el lema “no decidas que ya nos encargamos nosotros de facilitarte el itinerario personal” y que de pronto afronta incertidumbres, paradojas y una falta casi absoluta de instrucciones sociales.

5. La construcción de una sociedad cosmopolita

5.1 El doble vínculo de la emigración: necesidad y oportunidad

Los resultados del *Padrón Municipal de Habitantes* a 1 de enero de 2012 indican que en la actualidad viven en España 5.736.258 extranjeros, lo que representa un 12,1% del total de la población española. De ellos, 1.391.286 son personas jóvenes, un 17,7% de la población entre 16 y 29 años. Por otra parte, en esa misma fecha, 1.816.835 españoles vivían en el extranjero, lo que supone un 4,2% de las personas que tienen la nacionalidad española. A 31 de diciembre de 2011, 5.251.094 extranjeros tenían tarjeta de

residencia (un 91,5% de los empadronados), lo que indica que hay medio millón de extranjeros empadronados sin tarjeta de residencia⁵⁵.

A la vez, no todos los inmigrantes empadronados pueden considerarse inmigrantes económicos, ya que el contingente más numeroso procede de la Unión Europea, con 2.443.617, de los cuales 897.203 son rumanos, que deben considerarse evidentes inmigrantes económicos, seguidos de los británicos (397.892 efectivos), alemanes, italianos, búlgaros y portugueses.

El segundo ámbito geográfico de procedencia de la inmigración en España es Latinoamérica, con 1.541.890 residentes. El mayor contingente es el de Ecuador (308.174), seguido del de Colombia (246.345). En tercer lugar aparecen los inmigrantes de origen africano (1.102.329), la gran mayoría procedentes de Marruecos (768.363). Finalmente están los residentes de origen asiático (368.571), de los que casi la mitad son chinos (177.001).

Pero hay que tener en cuenta que entre 2001 y la actualidad se han nacionalizado en torno a 667.000 personas, que han dejado de figurar como extranjeros en el Padrón, aunque su origen cultural y étnico no sea español. También es cierto que la mayor parte de estas nacionalizaciones se corresponden con extranjeros procedentes de Latinoamérica; en concreto, representan un 84% de las nacionalizaciones, quizá por el criterio implícito del *ius sanguinis*, al que hay que añadir un mayor porcentaje de parejas mixtas de dicha procedencia. No deja de ser significativo que un 57% de las nacionalizaciones sean de mujeres y un 43% de hombres.

En paralelo, y de forma oficial, en 2010, según la estadística de flujos de emigración, 40.157 españoles abandonaron nuestro país, de los cuales 8.611 tenían entre 15 y 29 años (21,4%) y en 2011 lo habían hecho 55.472, 11.890 en ese tramo de edad (21,4%). Los datos provisionales para 2012 indican un aumento en el porcentaje de personas jóvenes que emigraron hasta el 22,4% (13.394 personas entre 15 y 29 años de las 59.724 personas que emigraron en total). Tales cifras difieren de las que aporta el *Padrón de españoles residentes en el extranjero* (PERE), que recoge un incremento de 242.712 personas entre 2010 y 2012. Además, existe un cierto consenso en que el PERE sólo registra una parte de los residentes españoles en otros países. A la vez, la mera observación permite constatar que muchos emigrantes españoles, en particular los más jóvenes, se consideran meros desplazados temporales, por lo que no se dan de baja en el Padrón español, en parte porque quieren mantener las ventajas (más imaginarias que reales) de este empadronamien-

⁵⁵ Este dato permite sostener la existencia de muchos “empadronamientos dobles” y, por tanto, reduciría la proporción de inmigrantes en España. Podría ser, aunque en este texto se adopta la perspectiva de los datos oficiales disponibles para tratar un tema muy concreto como es la nueva noción de cosmopolitismo entre las personas jóvenes. Para una aproximación más completa a la cuestión de la inmigración, puede consultarse Fundación Encuentro (2011): “Inmigración y crisis económica: el verdadero examen de la integración”, en *Informe España 2011*.

to y en parte porque en la relación familiar se puede mantener así la idea de que “no dejan ni España ni a su familia de una manera definitiva”⁵⁶.

Los datos sobre inmigración y emigración a pesar de ser poco fiables, reflejan, aunque seguramente a la baja, el notable volumen de los contingentes que se mueven entre países y que las personas jóvenes representan una parte importante. En España, esto último ha sido muy evidente en la inmigración desde mitad de los años noventa, pero en toda la etapa democrática había sido muy residual en el caso de la emigración. De hecho, una de las transformaciones sociales que aportó la transición a la democracia fue la finalización del fenómeno de la emigración de las personas jóvenes (que tenía un amplio recorrido histórico en nuestro país) y su sustitución por el predominio del modelo de emancipación retrasada y dependencia familiar, que impedía o evitaba el éxodo. A partir de 2010, la tendencia comienza a cambiar. Esto ocurre a la vez que se ralentiza la llegada de nuevos inmigrantes y aparecen informaciones sobre retornos a los países de origen.

Pero, en todo caso, España es ya una sociedad con una profunda diversidad cultural y étnica. Y, de manera creciente, los españoles contribuyen a crear diversidad étnica y cultural en otras sociedades.

¿Por qué se desplazan todas estas personas? En la *Encuesta Nacional de Inmigrantes 2007* del INE se preguntaba por la razón de la emigración y se proporcionaban muy diferentes respuestas. Una parte respondía a la necesidad por las condiciones del país de origen, destacando la inseguridad personal. Otra respondía a la oportunidad del reconocimiento de determinadas titulaciones o el mero reagrupamiento familiar. Pero la mayoría elegía la opción que integraba a la vez “necesidad” (que también podía ser “deseo”) y “oportunidad” (que también podía ser “mejora”). No creemos que sea una convención medible, sobre la que podamos llegar a porcentajes de necesidad y oportunidad, sino que se trata de un complejo cultural que actúa como un doble vínculo: es necesario porque es posible, es posible porque es necesario. Tanto para los inmigrantes que vinieron a España en los últimos quince años como para los emigrantes españoles que ahora se van a otros países⁵⁷.

⁵⁶ Hay que tener en cuenta que no es obligatorio darse de baja en el Padrón español para darse de alta en otros registros y obtener la residencia en otros países.

⁵⁷ El doble vínculo facilita lo que Merton llamaba la ambivalencia sociológica: el emigrante puede mostrar la cara de la iniciativa (y la búsqueda del éxito) ante ciertos actores sociales o ciertas circunstancias, pero a la vez puede justificar su desplazamiento en la necesidad perentoria (“no le quedaba más remedio”) ante otros actores y otras circunstancias. Un ejemplo de esta ambivalencia: “Tuvimos que dejar a nuestros hijos/as con los abuelos porque no podíamos darles de comer (necesidad), pero con el empleo que hemos conseguido pronto los vamos a traer para que puedan ir a las excelentes escuelas de aquí (oportunidad)”. Véase Merton, T. (1953): *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*. Madrid: Espasa (traducción de 1980).

5.2 La noción de juventud cosmopolita

Los datos ofrecidos muestran la existencia de una creciente base de población con movilidad transnacional, de la que España constituye un buen ejemplo, no sólo por el volumen de inmigración en un corto espacio de tiempo, sino también por la diversidad en el origen de tal población y de los motivos por los que se desplazaron.

A la vez, los españoles están recuperando la condición típica de “tradicionales emigrantes” que habían mantenido desde el siglo XVI, con sólo el paréntesis de las tres décadas que siguieron a la transición democrática. La situación de España no es diferente a la de otros países europeos. De hecho, aún hay más europeos occidentales en España que españoles en los países de Europa occidental, aunque por diferentes motivaciones y características. Los latinoamericanos conforman el segundo grupo de inmigrantes en España (el primero si se tiene en cuenta que el 78,6% de nacionalizaciones corresponden a dicho origen), a la vez que se está recuperando nuestra tradicional emigración a Latinoamérica⁵⁸.

En este momento, una parte sustancial de los países ofrecen un perfil de complejidad étnica y cultural similar, salvo la excepción de los países “cerrados” que no participan de este fenómeno, por ejemplo, Corea del Norte. Pero incluso algunos de ellos son proveedores de emigrantes por razones políticas, por ejemplo, Irán. Una de las características principales de la civilización del siglo XXI es, sin duda, esta movilidad y este intercambio de poblaciones, para la cual conceptos como emigración e inmigración pueden ser ya muy estrechos. La casi totalidad del planeta Tierra se ha convertido en un único territorio, mejor o peor comunicado, en el que las personas, en particular las personas jóvenes, se desplazan con mayor o menor rapidez, cambian de residencia y se instalan con creciente facilidad en un nuevo territorio para desarrollar un proyecto de vida propio.

Las maneras de desplazarse son muy variadas: desde el transporte aéreo hasta la patera. Esto indica que no es tanto la facilidad del *low cost* lo que induce a la movilidad, sino el deseo y la posibilidad de cambiar, de huir, de mejorar de vida, de aprovechar las oportunidades, de dejar atrás una situación social o familiar complicada, de evitar el hambre, de conocer o simplemente de hacer otra cosa. Un deseo y una posibilidad que se han asentado sobre la imagen de un mundo abarcable que, a escala planetaria, están induciendo las TIC y los medios de comunicación social.

⁵⁸ Están apareciendo escenarios que hace muy pocos años parecían imposibles, como el caso cada vez más frecuente de los inmigrantes latinoamericanos en España que, nacionalizados españoles o no, vuelven a trabajar a su país, porque las oportunidades laborales aparecen en el mismo (y además se han formado en España), pero dejan a la familia en España, sin un planteamiento de reagrupamiento, y les envían remesas para que se mantengan o sigan pagando la hipoteca en nuestro país.

El fenómeno puede interpretarse de una forma más precisa como “cosmopolitismo” y visualizarse como un estilo de vida que el conjunto de todos los inmigrantes y emigrantes comparte. Un estilo de vida esencialmente urbano, en el que la lengua del país de destino (en combinación con el inglés en el caso de las personas jóvenes) funciona a modo de *lingua franca*, en el que se comparten barrios y se practica la interculturalidad de forma implícita e incluso inconsciente. Un estilo de vida al que, en ocasiones de forma temporal y en otras de forma permanente, se adhiere una parte cada vez mayor de personas jóvenes, adoptando valores pragmáticos y minimalistas lejos del contexto familiar. En el caso de España, un estilo de vida al margen de las sendas y trayectorias obligatorias del modelo de la dependencia familiar y de sus objetivos prefijados que se han venido describiendo en este capítulo.

Sin duda, y en muchos casos, estamos ante estrategias sustentadas en la necesidad, pero aun en estos casos, la emigración (y en particular la emigración de los españoles a los países que forman parte de la UE) ya no se topa como en otras épocas con el muro del rechazo⁵⁹, porque en todo el mundo se está instalando una mayor tolerancia hacia el “otro” (que en parte ya es “uno mismo”) y porque forman parte de este amplio colectivo cosmopolita que aparece en prácticamente todos los países⁶⁰. Un colectivo con similares experiencias vitales y en el que la búsqueda de la identidad y de la experiencia emancipadora para poder tomar sus propias decisiones implica un eje compartido y de enorme transcendencia. Con esto no negamos la existencia del emigrante que procede de la necesidad extrema, sino que simplemente señalamos que casi todos llegan a sociedades cosmopolitas.

También es cierto que las sociedades cosmopolitas siguen mostrando resistencias a la integración del “extraño”. De la misma manera, la emigración en su choque con las culturas receptoras se viene asociando, tanto en algunos países como en comunidades de inmigrantes, al nuevo fenómeno del fundamentalismo identitario.

El cosmopolitismo es un fenómeno cada vez más amplio, pero a la vez aún poco visible, al menos en España. Un fenómeno amplio porque se está produciendo en casi todos los entornos familiares y sociales, en los que

⁵⁹ Esto no evita el crecimiento de los grupos xenófobos y racistas, cada vez mejor organizados (e incluso mejor armados), pero también más aislados y con menos efectivos. Hay que interpretar su creciente radicalismo, al menos en parte, como resultado de este evidente aislamiento en sociedades que cada vez comparten rasgos culturales muy contrarios a su ideología. Casos como el de Grecia responden a circunstancias muy especiales, tanto en lo relativo a la inmigración como a la situación política interna.

⁶⁰ Hay fronteras entre países, las hay incluso en la UE con países que no han firmado el Tratado de Schengen, pero la mayor parte de las fronteras y sus normas son restos porosos en el mundo actual, para los que conviene tener en cuenta el viejo aforismo: gracias a las fronteras es posible el contrabando y sus beneficios.

aparece siempre una persona joven que está fuera de España por “trabajo”, para “aprender un idioma”, por “estudios”, por “un chico o una chica (una pareja del mismo o distinto sexo)”, porque “han tenido problemas con drogas y así ha dejado su entorno de amigos”, porque “se trata de tener una experiencia antes de entrar en la vida adulta”, porque “tuvo un disgusto con su novio o novia”, y otros tantos y tan diversos argumentos que por su propia diversidad son el mismo. Pero también es un fenómeno invisible, porque suele identificarse siempre como “un caso individual y aislado con posterior retorno”, que no refleja desajustes sociales o familiares, sino un tiempo que se toma para la reflexión sentado al lado de la senda de la trayectoria juvenil esperable para el modelo español de “la permanente esperanza en el futuro de las personas jóvenes”. Por este motivo, y para no perder derechos sociales, las familias no las dan de baja en el Padrón ni en otros registros, aunque en ocasiones lleven fuera algunos años, lo que contribuye a facilitar la invisibilidad del fenómeno⁶¹.

Tampoco es algo nuevo, ya que se trata de una tradición muy española, la huida del control social y la precariedad laboral que durante siglos se ha asentado sobre la emigración, los exilios y las misiones religiosas. En tres décadas de democracia parecía que el fenómeno había revertido, pero ha recuperado todo su vigor.

Pero no es un fenómeno exclusivamente español. Los propios inmigrantes que han venido a España son cosmopolitas respecto de su país de origen. Además, estamos acostumbrados, en las relaciones con dichas personas, a recibir sin asombro la información de que otros familiares están en otros países. Apenas nos llama la atención el hecho de que algunos de estos familiares “vienen a pasar” algún tiempo, en general una estancia corta a modo de intercambio mutuo en uno u otro país, conformando un modelo de familia cosmopolita que no pierde sus relaciones y que las incorpora a modo de estrategia económica y laboral, según la evolución y las demandas del mercado de trabajo en cada uno de estos países.

La juventud española, ¿es más o menos cosmopolita que la de otros países? Una pregunta difícil de contestar, aunque se puede comparar con las personas jóvenes del resto de Europa. Hasta hace un par de años suplían su desventaja siendo la juventud más “turística”, la que aportaba mayor cantidad de becas Erasmus (la mitad de las concedidas en Europa durante los últimos diez años) y la que más se desplazaba los veranos para “estudiar idiomas”. Todas estas actividades podían considerarse como compensaciones por mantener la disciplina familiar que iba a conducirles al piso en

⁶¹ En el último año se ha hecho más visible por las protestas de grupos de personas jóvenes que rechazan emigrar. De una parte, reivindican el viejo orden del modelo del itinerario garantizado; de otra, demandan sus derechos de ciudadanía. Pero seguramente ellos mismos se sienten muy cosmopolitas y no pensamos que, al menos en España, representen en la actualidad una opción xenófoba.

propiedad. Pero las cosas han cambiado en los últimos tres años. El dato más significativo es que las remesas de los trabajadores españoles en el extranjero (5.922 millones de euros según el Banco de España) en 2012 se han casi igualado a las de los inmigrantes hacia el exterior (6.485 millones de euros). En relación al año 2011, las primeras han aumentado 210 millones y las segundas han disminuido en 779. De seguir la tendencia, las remesas de los trabajadores serán favorables a España en 2013.

Un cambio que parece, y de hecho es, una novedad que se relaciona con la crisis. Sin duda, la situación económica ha propiciado el incremento de casos de jóvenes emigrantes (de los que es imposible dar cifras). Pero la dinámica cultural del fenómeno no puede limitarse a la idea de “no hay trabajo en España y vamos a buscarlo fuera”, sino a la de la ruptura lógica de la dependencia familiar. Se ha quebrado el modelo de relaciones entre las personas jóvenes y sus adultos de referencia, tal y como se ha establecido en España desde la transición democrática, en parte porque ya son muchas las familias que no tienen los recursos suficientes para mantener esta protección que genera dependencia y, en parte, porque entre las propias personas jóvenes el cosmopolitismo es una estrategia cada vez más aceptada.

¿Afrontan este reto de la misma forma las chicas que los chicos? En el pasado, la aventura de la emigración parecía más bien algo de hombres, mientras que las mujeres se quedaban con más frecuencia en casa hasta que el novio o el marido conseguía alcanzar algunos objetivos (o cierta estabilidad) para acudir a su lado. Sólo las solteras que “iban a servir” –principalmente a Francia– y las estudiantes que iban de *au pair* –generalmente a Reino Unido– conformaban una pequeña minoría, ajena al modelo dominante de dependencia marital. Pero actualmente han cambiado las cosas, ya que, a pesar de que no hay apenas datos sobre la composición sexual de este colectivo, la observación directa muestra una composición muy igualitaria por género. De hecho, el PERE indica que hay más españolas (51,1%) que españoles (48,9%) residiendo en el extranjero. A la vez, se intuye que hay más mujeres que hombres cosmopolitas, quizá porque su mejor formación académica (incluido un mayor dominio idiomático) les facilita entrar a formar parte de dicho fenómeno y encontrar un empleo de mayor calidad o quizá porque “la chica que se va” llama más la atención al entorno social y familiar y resulta más visible.

6. Las viejas cicatrices: lo que hacía diferentes a las personas jóvenes en el pasado (reciente)

Se han elegido tres características que han ocupado un lugar central en los referentes y en la identidad social de las personas jóvenes entre la transición democrática y la actualidad para tratar de reflexionar sobre “qué

quedada de aquello”, intentando abrir la puerta hacia los posibles componentes de la identidad juvenil en los próximos años. Son huellas del pasado que pensamos que no estarán en el futuro más que como cicatrices de cosas que ocurrieron, pero que son sólo recuerdos:

- El ocio, en particular el ocio nocturno de fin de semana.
- Los riesgos, sobre todo los concernientes a la salud.
- La ruptura generacional que se suponía provocaban los nativos digitales.

Tres temas que han focalizado, casi siempre de forma negativa, la imagen que tenía la sociedad española sobre las personas jóvenes en las tres décadas precedentes.

La cuestión de la transformación del *ocio joven* surgió en plena transición democrática con la reivindicación de la vida bohemia (una tradición oculta bien implantada en la etapa franquista) y el incremento de la participación de las personas jóvenes (incluidas las menores de edad) en la misma. Se trataba, además, de un segmento juvenil especialmente activo en términos políticos y culturales. En la propia transición se abrió paso la idea de que la música, la nocturnidad y un estilo de vida que en el pasado se había calificado de “bohemia” escenificaba el tránsito cultural que España necesitaba para salir del oscuro túnel cultural del franquismo y recuperar la “diversión popular” de otras épocas. La idea recibió rápidamente apoyo financiero, primero de los ayuntamientos democráticos surgidos de las elecciones locales de abril de 1979, y más tarde de todas las instituciones públicas. Esto facilitó movimientos culturales como la Movida, que con diversas apelaciones y componentes apareció en casi todas las ciudades de un cierto tamaño y que ha sustentado el tipo de intervención cultural propio de toda la etapa democrática. Los actores de las diversas “movidas” eran personas jóvenes en la primera mitad de los años ochenta y arrastraron hacia sus estilos de vida a toda una generación.

No fue una transformación cultural sin oposición, lo que a la postre la reforzó. Por ejemplo, el término “pasotismo” escenificó muy bien un rechazo que incluía la queja, por un lado, de la pérdida de los valores morales tradicionales, por otro, de la motivación política y la militancia progresista y, de manera conjunta, por los “excesos del consumismo”. En realidad, el principal efecto de la movida cultural de los años ochenta fue la eclosión de un estilo de vida transgresor en las formas y los comportamientos, nocturno, concentrado en el fin de semana y que preocupaba mucho a la sociedad española por su relación con las drogas ilegales, el alcohol, la violencia, los embarazos, las infecciones de transmisión sexual y los accidentes de tráfico. Es decir, los riesgos que amenazaban las trayectorias juveniles hacia los objetivos maximalistas de la emancipación.

En las décadas siguientes, el perfil cultural del ocio se mantuvo muy estable, aunque cada generación que abandonaba la etapa juvenil denunciaba los “excesos” de la siguiente –por ejemplo el “botellón”–, que eran los mismos que ella había protagonizado. ¿Qué ha quedado de todo esto? Pues todo y nada. De hecho, el ocio de los jóvenes ha confluído con el de los adultos, en parte porque los actores de la Movida de los años ochenta tienen en la actualidad entre 50 y 60 años y en parte porque vivimos en la repetición y las personas jóvenes se comportan (en los bares, en la importancia atribuida a la gastronomía, en las fiestas, en los eventos y en las actividades culturales) no sólo como sus padres, sino como sus abuelos. Lo único que ha cambiado quizás es el mayor grado de nocturnidad, pero este cambio ya se produjo hace treinta años⁶². En todo caso, se considera que este estilo de ocio, hijo de las “movidas”, supone un avance cultural continuo cuando en realidad es una reiteración. Como consecuencia, la vida cultural y el ocio en España, y en particular el de las personas jóvenes, es ya muy tradicional, estable y poco dada al cambio, entre otras cosas porque los medios de comunicación contribuyen a ello insistiendo en la imagen de un pasado espectacular, al tiempo que hoy en día no parece ocurrir nada.

Esta carencia cultural supone, sin duda, un fuerte *handicap* para las personas jóvenes. Ven así limitada su capacidad creativa, que se confunde con formas de ocio que, sin ninguna transformación estructural, son las propias de toda la etapa democrática.

No se puede separar la cuestión del ocio de la de los *riesgos para la salud*, que surgen como un componente central del propio estilo de vida juvenil en el momento de la transición. En aquel proceso son ciertas dos cosas. La primera, que, como fenómeno social y cultural, la articulación de los principales componentes de riesgo se produjo en el período que algunos califican de tardofranquismo: el consumo juvenil de cannabis se inició hacia 1969-1970, la heroína comenzó a venderse en España en mayo de 1973, la motorización de la sociedad española (y la de las personas jóvenes) tuvo su mayor índice de crecimiento entre 1967 y 1977 (290.027 y 662.859 turis-

⁶² La cuestión de la transformación y la posterior funcionalidad del ocio juvenil en España ha sido tratado en tres monográficos de la *Revista de Estudios de Juventud*. El primero, el número 37 (1996), sobre “Jóvenes y fin de semana”, que describía las transformaciones en su estadio final. El número 50 (2001), centrado en las políticas públicas que trataban de contener los aspectos más conflictivos del fenómeno, cuyo título era “Ocio y tiempo libre: identidades y alternativas”. Y, finalmente, el número 54 (2002), “La noche: un conflicto de poder”, en el que se planteaba abiertamente el debate entre aquellos autores que visualizaban la funcionalidad social de las prácticas de ocio y aquellos que pensaban que se trataba de transgresiones y conflictos generacionales. Estos últimos, además, son los que dieron título al monográfico, porque interpretaron que estaban ante un conflicto de poder entre generaciones. Diez años después es más que evidente que ya en 2002 era un estilo de ocio exclusivamente consumista y funcional, propio de la generación de la dependencia familiar, aunque eso sí, vendido por el sector comercial como ocio transgresor.

mos matriculados, respectivamente) y los nuevos comportamientos sexuales aparecieron a partir de 1969, con la difusión (de manera paralela) de los anticonceptivos orales.

Pero también es cierto que la masificación de todos estos fenómenos y de sus riesgos se produjo tras la transición democrática: epidemia de drogas –y en particular de heroína–, crecimiento desmesurado del número de accidentes de tráfico –con una especial incidencia entre las personas jóvenes–, violencia, delincuencia e inseguridad. Y, a partir de 1984, la expansión sin precedentes de la epidemia de sida.

De manera combinada, todos estos hechos producen una alarmante sobremortalidad, que supera las 250.000 personas. Muchos más hombres que mujeres, y hasta 1990 esencialmente jóvenes. La generación que sufrió toda esta problemática tiene en la actualidad alrededor de 45 años. Hoy la proporción de mortalidad (y seguramente morbilidad) es menos del 10% de los años centrales de gran impacto (entre 1988-1992) para cualquiera de las causas citadas.

¿A qué se debe esta expansión y el posterior descenso del impacto social de los riesgos? La expansión se debe relacionar con la existencia previa de unos comportamientos minoritarios, propios de las clases sociales más pudientes (de sus hijos-hijas para ser más exactos)⁶³ y la posibilidad de que amplias capas sociales las asumieran casi como norma de comportamiento en el momento de la transición democrática y bajo la carpa cultural de la igualdad social y la esperanza en un futuro mejor y más justo.

No es, en cambio, tan fácil explicar el posterior descenso de los niveles de riesgo, porque son muchos los analistas que lo niegan. Por ejemplo, en el caso de las drogas se dice que, como no ha descendido el consumo, el riesgo se mantiene, aunque la mortalidad a causa de las mismas se haya reducido de manera drástica. Pero ésta es una posición absurda, porque sería lo mismo que decir que como el número de vehículos a motor ha aumentado mucho, el riesgo de los accidentes de tráfico ha crecido al mismo ritmo, sin considerar que la cuestión clave es la mejora de las vías de comunicación y una mayor prudencia al volante. Lo mismo cabe decir de los comportamientos sexuales. En muchos colectivos hay una mayor frecuencia de relaciones sexuales esporádicas y de pareja, pero las enfermedades de transmisión sexual y los embarazos no deseados han descendido notablemente por la formidable expansión de los métodos profilácticos y preventivos.

¿Cuál es la situación actual de los riesgos para la salud? Están todos en el umbral más bajo de nuestra historia. Las “causas externas” y otras

⁶³ El único grupo social que no formó parte de este complejo cultural y sin pertenecer a estas clases sociales pudientes fue el fenómeno quinquí, pero en los años ochenta se dio una fuerte confluencia entre quinquís y pijos para liderar las diversas “movidas”.

causas relacionadas con los riesgos descritos son casi residuales⁶⁴. Pero, de manera muy clara, ya no afectan de forma diferencial a las personas jóvenes. Incluso los grupos de edad juvenil muestran una menor incidencia en relación con todos los riesgos, lo que significa que algo que distinguía a las personas jóvenes en el pasado ha desaparecido, porque la cuestión no es tanto el comportamiento en sí mismo como las precauciones y los hábitos asociados al mismo. Es más, las personas más jóvenes han adoptado estilos de vida más precavidos que los adultos, que siguen manteniendo una parte de los aprendizajes de su juventud. Éste es sin duda un éxito innegable que deben apuntarse las políticas educativas y preventivas en España.

Uno de los elementos que han conformado las generaciones jóvenes a partir de la mitad de los años noventa ha sido su condición de *nativos digitales*. El fenómeno de las TIC está revolucionando y globalizando el mundo y a la ciudadanía, permitiendo el intercambio instantáneo de información, contacto y conocimiento, incluidos los cotilleos y los sucesos más banales. Asimismo, es una parte esencial del nuevo cosmopolitismo. A la vez, están influyendo en el trabajo, en la industria, en la domótica, en el registro de información, en la gestión burocrática y en los procesos financieros.

En un primer momento, el mundo digital parecía un misterio que sólo las personas jóvenes podían entender y que las adultas nunca serían capaces de interpretar⁶⁵. Pero esto ya no es así. Todos somos usuarios digitales, unos más hábiles y otros menos, pero en todo caso la edad ha pasado a un segundo plano y ya no es el factor diferenciador, al menos para la mayoría de las personas que mantienen una actividad económica. En un pasado bastante reciente, el imaginario social sobre la noción de nativo digital escenificaba el temor de que las personas jóvenes adquirieran unas habilidades que las adultas no podrían obtener nunca. Pero no ha sido así. La mayor parte de las personas, tanto jóvenes como adultas, son sólo usuarias de unas TIC cada vez más amables con el usuario. Al margen quedan los profesionales de la informática o los aficionados que crean aplicaciones (que no son necesaria-

⁶⁴ Comas, D. (2008): *El estado de la salud de la juventud*. Injuve. El estudio se basa en la *Encuesta Nacional de Salud 2002* (INE) y en el *IJE-2008* (Injuve). La nueva *Encuesta Nacional de Salud 2011-2012*, que ha distribuido el INE en marzo de 2013, confirma de forma contundente la inversión de los parámetros entre personas adultas (con mayores comportamientos de riesgo) y personas jóvenes (menos dadas al riesgo). Por supuesto, ningún medio de comunicación se ha hecho eco de tales resultados, en gran medida porque para ello se requeriría una impactante reforma de la agenda mediática.

⁶⁵ Ésta es una idea que trata de promocionar la propia industria, muy interesada en apoyar la imagen de una masa de aficionados frikis y adictos. Por ejemplo, la noción de “generación Y”, referida a los nativos digitales y que los medios de comunicación recogen con frecuencia, se sostiene con la promoción de la *Consumer Electronic Show*, que se celebra anualmente en Las Vegas. Allí se supone que todos son “generación Y” (aunque una parte de los asistentes no son precisamente personas jóvenes) y que el resto de la juventud del mundo (al menos la nacida después de 1988) debería serlo. Pero la publicidad corporativa tiene sus limitaciones.

mente personas jóvenes), un colectivo con su propia cultura, una cultura tan particular como aquella que conformaban los que sabían calcular la resistencia de materiales o elaborar estadísticas, para nada un segmento etario, sino una especialidad profesional que se contrataba para obtener ciertos servicios.

Se mantiene, por supuesto, una cierta brecha digital debido a la edad, pero sin duda es menor que la brecha digital por género o que la brecha digital por clase social. También es cierto que desde la neurobiología aparecen continuas referencias a los cambios que podría estar introduciendo la condición de nativo digital en nuestra evolución cerebral. Es posible que sea así, pero por ahora y en una perspectiva sociológica, las diferencias por edad son cada vez menores.

Una metáfora frecuente y muy clarificadora que se ha extendido es que las redes sociales, Internet y todo el ámbito digital, son como una nevera que se abre para ver lo que hay, elegir algo y preparar el menú o algún picoteo. Y abrir la nevera podemos hacerlo todos. Aunque algunos, pero muy pocos, están efectivamente interesados en las tecnologías del frío.

La condición de nativo digital, en un mundo que ya ha incorporado la revolución digital a sus prácticas cotidianas, apenas significa nada en el plano de la innovación o de la exclusividad juvenil⁶⁶. Este hecho implica que la etapa de la esperanza juvenil (y los riesgos) relacionados con la digitalización ya ha sido superada y amortizada. Lo digital es tan común que para nada puede ya diferenciar una “generación digital” y proporcionarle grandes expectativas⁶⁷.

7. ¿Pueden llegar a ser las personas jóvenes un sujeto autónomo?

Los análisis precedentes han mostrado cómo desde la transición política en España se han ido sucediendo generaciones cada vez más protegidas por las familias, cada vez más dependientes y cada vez menos autónomas. Personas acostumbradas a que otros les ofrezcan una selección ordenada de

⁶⁶ AA.VV. (2011): “Adolescentes digitales”, en *Revista de Estudios de Juventud*, n. 92, número monográfico.

⁶⁷ Borschma, J (2006): *Generación Einstein: más listos, más rápidos y más sociales*. Madrid: Ediciones 2000. Poco antes de comenzar la crisis apareció este libro de enorme éxito mediático. La imagen de los nativos digitales, básicamente especulativa, no sólo rezuma un optimismo desmesurado, sino que, leído tras la crisis, su inocencia invita a la sonrisa. Aunque contiene algunas intuiciones interesantes, desde luego la supuesta hipersingularidad de la generación digital tiene más de ego incontrolado que de realidad.

las decisiones que deben tomar a cambio de proporcionarles una adecuada certidumbre en su trayectoria vital.

Personas muy poco participativas –según muestran los sucesivos IJE citados, aunque parece que mantienen su deseo de participar intacto–, porque la propia dependencia no les facilitaba una acción participativa autónoma. Con los años, el modelo participativo para las personas jóvenes ha sido el de las juventudes de los partidos políticos, que han seguido todas las organizaciones juveniles, formaran parte o no de una organización social más amplia: sin poder de decisión propio y perfectamente sumisas ante las orientaciones que les proporcionaban desde la jerarquía, optando por una carrera de méritos para poder escalar puestos de responsabilidad en la etapa adulta. Algo que muy pocas personas jóvenes han criticado y que se ha interiorizado como una opción ventajosa, lo cual explica que, por ejemplo, a pesar de la falta de compromiso juvenil, el porcentaje de voto de las personas jóvenes ha ido ascendiendo en toda la etapa democrática, al menos hasta 2008 en que comenzó a descender⁶⁸.

Pero, en la actual situación de crisis, las respuestas que les han ofrecido los adultos y las instituciones en los últimos treinta años ya no les valen. Primero, porque todos saben que estas respuestas ya no son las adecuadas. Y, segundo, porque los adultos han perdido el poder que les otorgaba la dependencia juvenil. Expresado en otros términos, a partir de ahora a los adultos apenas les quedan recursos para ejercer este papel y, además, carecen de una orientación fuerte a partir de la que establecer trayectorias de vida fiables. Por ello, y por primera vez en la etapa democrática, les dicen que “se tienen que espabilar”.

¿Cómo van a reaccionar las personas jóvenes ante esta situación? No podemos preverlo por falta de precedentes. Pero caben dos alternativas antagónicas: la reacción de la pasividad y la reacción del activismo. Con todas las combinaciones y matices intermedios. Tanto la pasividad como el activismo pueden optar por muy diversos estilos de vida, así como por muy distintos soportes culturales e ideológicos. En este momento, creemos que todas las posibilidades están abiertas, aunque, si nos vemos obligados a elegir, nos inclinaríamos por la búsqueda de alternativas personales muy variadas en las que el cosmopolitismo supondría la imagen cultural más fuerte⁶⁹.

⁶⁸ Comas, D. (2009): *Los presupuestos participativos y las políticas de juventud: un estudio de caso sobre la cultura de la participación social en España*. Injuve.

⁶⁹ Consideramos que esta idea agrupa al cosmopolitismo, a las TIC y a la aparición de movimientos internacionales de carácter tan viral como de corto recorrido. A la vez, también pensamos que una movilización juvenil masiva se producirá en España en el momento en el que los jóvenes se den cuenta de la quiebra del modelo de sociedad de clases medias en la cual la mayor parte de ellos aún cree vivir con independencia de la realidad de su situación familiar.

¿Significa esto ser un sujeto autónomo? Sin duda sí, si lo comparamos con las tres décadas anteriores de dependencia y subordinación social y familiar. Aunque también es cierto que las alternativas personales, y la propia movilidad cosmopolita, responden en parte a las necesidades de las sociedades liberales y a las exigencias de un mercado de trabajo altamente flexible, es decir, la posible autonomía personal debe afrontar un conjunto de exigencias estructurales que la limitan de forma muy intensa. Pensamos que los jóvenes españoles se van a emancipar en los próximos años a una edad más temprana, pero esta emancipación (de la familia) irá ligada a la nueva disciplina que impondrá el mercado de trabajo.

De la misma manera que la precedente etapa de protección y dependencia familiar e institucional ha implicado crecientes dificultades para la participación y la autonomía juvenil, ¿qué pasará en una etapa liberal como la que parece avecinarse? Algunos autores opinan que continuará el declive de la participación, y en particular de la participación juvenil, mientras otros opinan que la sociedad civil se pondrá, para oponerse, definitivamente en marcha⁷⁰.

A más corto plazo, ¿se puede deducir algún componente propiamente juvenil en las actuales movilizaciones sociales? Lo cierto es que poco, porque, aunque son muchas las personas jóvenes que parecen participar en las manifestaciones y otros movimientos sociales, su representación es menor que su demografía.

Desde la mera observación, porque aún no hay estudios empíricos sobre esta cuestión, se puede establecer que en estos movimientos sociales, más o menos reactivos, aparece una proporción importante de personas adultas, con una cierta sobrepresencia de personas entre 30 y 40 años, muchas de ellas vinculadas al tercer sector de acción social. Es decir, los que han sufrido con más intensidad los recortes sociales y las edades en las que el índice de paro (sobre la población total, no sobre la población activa) es más elevado. La mayor parte de los movimientos, como por ejemplo los sindicales relacionados con ERES o las reducciones salariales, así como los vinculados con la sanidad o la Administración Pública, no son acciones con una gran presencia juvenil (aunque quizá para compensar se están produciendo algunas en las que los adultos van acompañados de hijos menores de edad).

Incluso las acciones emprendidas en el sistema educativo, salvo excepciones provocadas en gran medida por una agresiva respuesta represiva sobre los estudiantes, han contado con una señalada participación estudiantil, pero sólo como respuesta de los propios estudiantes ante la acción policial. De hecho, las “mareas verdes” han estado protagonizadas de forma preferente, y al menos hasta marzo de 2013, por padres y profesores y algunos

⁷⁰ Della Porta, D. y Diani, M. (2011): *Los movimientos sociales*. CIS.

alumnos de Educación Primaria que les acompañaban. Los estudiantes de enseñanzas medias, salvo las mencionadas excepciones, apenas aparecían. Algo parecido se puede decir de las universidades, donde el protagonismo ha recaído en profesores y PAS, con una notable ausencia de movilización estudiantil.

En la práctica, se están movilizando aquellos colectivos etarios que han protagonizado el fenómeno de una socialización en la pasividad y la dependencia familiar. Y lo hacen porque aceptaron este juego a cambio de algunas promesas que ahora no se van a cumplir. La frontera etaria de las actuales movilizaciones se sitúa en el grupo de 25-29 años y quizás algo posterior (¿jóvenes adultos?, ¿adultos jóvenes?) y supone la defensa de un modelo social que está siendo destruido. Pero, ¿y las personas jóvenes?; ¿en particular los jóvenes jóvenes? Es como si éstas no fueran sus batallas. En el texto se ha tratado de mostrar por qué creen esto. Pero, obviamente, en algún momento identificarán cuáles son sus intereses, se organizarán y se movilizarán.

La triple crisis de legitimidad, económica, política y social, que sufrimos interpela a las élites políticas y financieras, a los partidos y sindicatos y a todos los ciudadanos. Hemos de lograr un diagnóstico compartido desde el realismo crítico. Es una oportunidad para redefinir y avanzar hacia una ciudadanía responsable y hacia un modelo de sociedad y política basado en la renovación institucional.

Los horarios españoles constituyen una excepción en Europa. Urge reflexionar y tomar decisiones sobre un aspecto, sobre todo en el ámbito laboral, que introduce claras disfunciones sociales y económicas. Es hora de superar tópicos idiosincráticos y climáticos y acometer una tarea que atañe principalmente a las Administraciones Públicas, las empresas y los medios de comunicación.

Las mujeres están resistiendo mejor la crisis en el ámbito laboral, tras su mayor esfuerzo educativo durante décadas. En las esferas de poder y toma de decisiones los progresos son mucho menores y más lentos. No obstante, el reto de la igualdad se juega hoy principalmente en una participación equitativa de los hombres en los trabajos reproductivos y de cuidados en el ámbito de la familia.

Los jóvenes de hoy –los de la “generación premeditada” y “los hijos tesoro”, la “generación mejor preparada de nuestra historia”– se enfrentan a un contexto inédito, en el que deben aprender a tomar sus propias decisiones. Difuminado el horizonte de “gran futuro” que se les prometió, buscan nuevas orientaciones, pero nadie se las ofrece. ¿Qué van a hacer? ¿Qué van a poder hacer? ¿Cómo lo van a hacer?

La crisis ha concedido un renovado protagonismo a las personas mayores. Son cada vez más, más longevas y más decisivas, tanto en la economía como en la sociedad. Esta nueva situación plantea nuevos retos en las relaciones intergeneracionales y en la participación social y política. Sin olvidar las incertidumbres respecto a ámbitos tan básicos como las pensiones y la sanidad.

Tras una etapa de crecimiento, en gran medida a la sombra de las Administraciones Públicas, las organizaciones del Tercer Sector afrontan el reto de la madurez en un nuevo escenario. La independencia, la corresponsabilidad y la transparencia son aspectos fundamentales en un sector clave para la promoción de una ciudadanía más comprometida y más fuerte para dar respuesta a los “perdedores” del sistema.

El estallido de la burbuja inmobiliaria ha supuesto la quiebra de un modelo residencial insostenible desde un punto de vista económico y también social. Urge una reinención de nuevas políticas de vivienda más acordes con las circunstancias actuales. La dimensión social de la vivienda debe ser el fundamento para la futura reorientación del sector desde la demanda.

